

TEXTOS DE LA PESTE

Anales del Covid-19

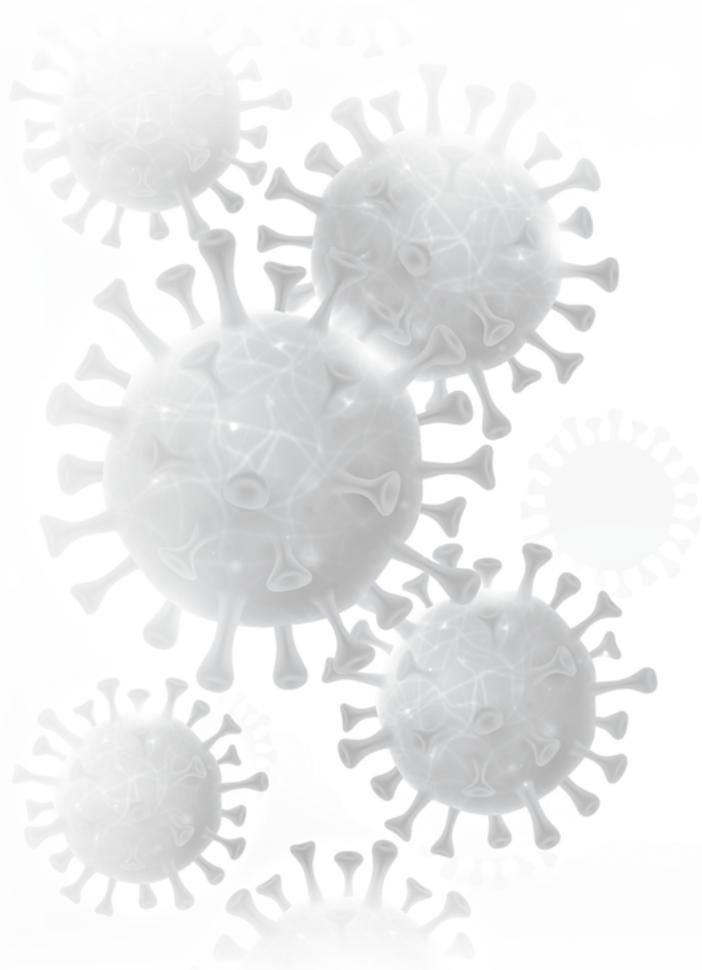


CASA DE LA CULTURA
EQUATORIANA
-NÚCLEO DEL GUAYAS-



TEXTOS DE LA PESTE

(Anales del Covid-19)



TEXTOS DE LA PESTE

(Anales del Covid-19)



CASA DE LA CULTURA
EQUATORIANA
-NÚCLEO DEL GUAYAS-

Editora:

Mgtr. Flor Layedra Torres

Diseño y diagramación:

Lcdo. José Antonio Zambrano L.

Diseño de portada e ilustraciones:

Tecnól. Francisco “Paco” Pincay P.

Impresión:

Armando Goya

Ayudante de imprenta:

Amable Argandoña

Impreso:

Editorial Ileana Espinel Cedeño
Casa de la Cultura-Núcleo del Guayas

Colección *Argumentos*

ISBN: 978-9978-12-106-1

Guayaquil - Ecuador

enero 2021

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibido escanear, reproducir parcial o totalmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares, sin permiso previo de la editorial.



/cceguayas



@cceguayas

Acta de veredicto del concurso literario

Textos de la peste

(Anales del Covid - 19)

En la ciudad de Guayaquil, a los doce días del mes de junio del 2020; se reúnen en la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, lo miembros del jurado calificador, conformado por el dramaturgo Hugo Avilés Espinoza, y los responsables departamentales de la Casa de la Cultura: Mgtr. Flor Layedra Torres; y Abg. Enrique Riera León; quienes luego de examinar las obras participantes, por unanimidad emiten el siguiente veredicto, y resuelven:

1. Declarar ganadores y obras seleccionadas para su publicación las siguientes:

Género Relato

- Ana Belén Varela Ávila
- Pablo Javier Tatés Anangonó
- Xavier Zapata Bustamante
- Roger Mateo Asanza Rodríguez
- Ivonne Eulalia Ponce Naranjo
- Liliana Rocío Cantos Montero
- Jhonny Santiago Lanchimba Guandinango
- Ángel Estuardo Novillo Villacrés
- Jorge Enrique Miranda Vásconez
- Antonella Naranjo Calero
- Luis Alexander Silva Valarezo
- Felipe Mosquera Cruz
- Elssie Cano
- Juan Daniel Calero Solís
- Juan Carlos Moya

- Mijail Humberto Alvarado Almeida
- Rafael Alfonso Avilés Silva
- Sergio Luis Aguilar Cuenca
- Rosalia Arteaga Serrano
- Diego Orlando Gallardo Valarezo
- Héctor Vladimir Alvear Chalco
- Nestor Dalton Osorno Gutiérrez
- Lorena Quiroga Magallanes
- Katheryn Pamela Paucar Silva
- Julio César Roca De Castro
- Tatiana Estefanía Mendoza Armijos
- Stefanie Alejandra Ruiz Matute
- Sofia Amaranta Goglia Estupiñan
- Daniel Cantos Colmont
- Daniela Cabrera Loza
- Geovanny Fernando Tarapués Potosí
- Iván Andrés Muñoz Bailón
- Zoila Rosalia Velásquez Alchundia
- Gabriela Isabel Ayala Torres
- Andrés Vinueza Sánchez
- Genoveva Verónica Ponce Naranjo
- Kevin Adrián Ramírez Sarango

Género Poesía

- Luis Carlos Mussó Mujica
- Astrid Nahomi Orellana Miranda
- James Martínez Torres
- Camilo Chacón Herrera
- Fausto Ernesto Padilla Morales
- Gina E. López Mena
- Marcelo Emilio Nájera
- Sara Abigail Rojas Guanoluisa

Género Ensayo

- Karen Lisbeth Márquez Armijos
- Jonathan Fabricio Tamayo Vaca
- Tatiana Cecilia Landín Ramírez
- Odalys Monserrath Logroño Ponce
- Carlos Eduardo Castro Molestina
- Johnny Paul Saltos Vela
- Ricardo Xavier Suárez López
- Martha Ortiz Posligua
- Alejandro Verdezoto Nuñez
- Julio Andrés Astudillo Méndez
- Stephanie Carolina Naranjo Mejía
- Marilyn Vanesa Cepeda Velastegui
- Eduardo Enrique León Rodríguez
- Jeremías Alfonso Valenzuela Valdez
- Cristhiam Armando Carpio Castro
- Luis Mauricio Bustamante Iñiga
- Rafael Ernesto Flores Rodríguez
- María Cecilia Carchi Veloz

Género Crónica

- Andrea Elisa Chiquito Guamanquispe
- María de los Ángeles Vera Durán

Los miembros del jurado dejan constancia de que han quedado gratamente sorprendidos por las obras de los concursantes, quienes en general demuestran un alto nivel literario. Firman para constancia de lo actuado.

Mgrtr. Flor Layedra Torres

Lcdo. Hugo Avilés Espinoza

Abg. Enrique Riera León

Presentación

Hay algo cierto: la peste ha matado, sigue matando y quién sabe a cuántas decenas de miles de víctimas seguirá segándoles la vida. Su artera y desconsiderada siega da alas a creencias conspirativas

En 1978, Barbara Tuchman publicó “A distant mirror”. La portada de su versión en español (Argos-Vergara, 1979) decía que se trataba de la “reconstrucción histórica del nacimiento del mundo moderno...”. En el preámbulo, su autora concreta que la génesis de su libro fue averiguar “qué efecto tuvo, en la sociedad, el desastre más mortífero que recuerda la historia, es decir, la Muerte Negra, de 1348-1350. La cual, según se estima, mató un tercio de la gente que vivía entre la India e Islandia”. Tales estimaciones permiten suponer varias cosas, la tremenda velocidad de expansión del mal; que si la población de entonces murió en su tercera parte (unos 100 millones de personas), entonces, el mundo tendría por entonces unos 330 millones de habitantes.

Hubieron muchas epidemias, a lo largo de la historia de la humanidad, que truncaron procesos históricos interesantísimos, como el de la Atenas de Pericles (430 AC), registrada magistralmente por Tucídides, o el caso de la plaga de Justiniano, llamada así porque se dio en la época del emperador romano de oriente, casi 1 000 años después (541-549 EC) y que corresponde al primer registro conocido de la peste bubónica, peste que reaparecería con terribles efectos en plena Edad Media.

En el caso de la plaga de Atenas, todo el esplendor griego y la eventual exportación de su sistema político fracasaron por causa de esta plaga que, se cree, fue la tifoidea y que mató a la tercera parte

de la población ateniense. En el caso de la epidemia de Justiniano, el desarrollo del Imperio romano de Oriente se vio golpeado por esta plaga que se llevó casi al 25% de la población imperial.

Coincidentemente un factor, algo inédito en una visión exclusivamente vírica o bacteriológica de las plagas, contribuyó a que las condiciones previas a la aparición de las mismas facilitaran su difusión. Este factor fue un cambio climático. Según cronistas de la época de Justiniano, el sol brillaba menos, tal vez a causa de alguna erupción volcánica que arrojó toneladas de polvo a la alta atmósfera. Aquello alteró fuentes de alimentación, crecimiento de vegetales y proliferación de vectores, como ratas y pulgas. Cosa parecida aconteció desde el comienzo del siglo XIV, cuando un fenómeno que se lo ha conocido posteriormente como la “pequeña glaciación” provocó pérdidas de cultivos de granos, colapso de las comunicaciones y un frío creciente que redujo drásticamente la estación de maduración de los sembríos.

Qué podrán decir de nosotros los cronistas del mañana... Tenemos nuestro cambio climático adobado con la negligencia de gobernantes planetarios, nuestra explosión demográfica indetenible, nuestra ignorancia que raya en supersticiones ridículas, catastrofistas y conspirativas a nivel mundial.

Previendo los desentendimientos provocados por el paso del tiempo y el olvido, el Núcleo del Guayas de la Casa de la Cultura Ecuatoriana convocó al público en general (a esta cita también acudieron cronistas, relatores, poetas, ensayistas) para que provean de información de primera mano a aquellos cronistas que se preguntarán sobre cómo se puede ser tan débil y necio como para meterse de lleno en el corazón de esta plaga.

Arq. Fernando Naranjo Espinoza
Director Provincial CCENG

Contenido

Relatos

Otro día jugamos bingo	19
Cenizas	23
Abuelo Pon	27
La odisea de la pandemia	31
Inflamación	35
#dulces26	39
No sé qué hacer con mi cuarto de siglo	43
Nery	47
Secuestro con/sentido	53
Incierto	57
¿Quedarse en casa?	61
El virus	65
Conspiración 2020	69
La batalla contra el dragón	73
El último sueño de la peste	77
El doctor	81
Pensamientos positivos	85
Sucede que	89
Una víbora boba en mi jardín	93
Conjeturas del fin del mundo	97
Cerrado, cerrado	101
Violeta	105

El efecto mariposa	109
Sueños realistas	113
Rostros de una peste	117
Encierro sexual	121
La ciudad que jamás fue conquistada	125
La muerte en la puerta	129
Las promesas que nunca se cumplen	133
¿Cuál es tu verdadera riqueza?	137
Cuarentena en silla de ruedas	141
El hogar en tiempos de la peste	145
Testimonio	149
¿Cuánto tiempo tengo de vida?	153
Un cumpleaños singular	157
No se aceptan visitas	161
Más que un virus	165

Poesías

Nova Corona	171
La guerra silenciosa de mi ciudad	175
Cuarentena	179
Siete gritos por Guayas	185
Mirarte en versos	191
Sentido	195
Sobreviviré	199
Aislado	203

Ensayos

Manifiesto del disfrute de la muerte	209
¡Como hijos legítimos de Guayanay!	213
Notas para los abrazos que dejamos suspendidos en el aire	217
Emociones con sabor a peste	221
Como película de Buñuel	225
Cien insomnios de una pandemia	229
Segunda oportunidad	233
Letras en cuarentena	237
Testimonio de un médico de primera línea	241
Covid-19: La ventana que muestra la escasez de divulgación científica en Guayaquil	245
La única salida es rebotar	249
Kawsay Pacha: Todo está vivo	253
Guayaquil de mis ficciones	257
Reflexiones: de la cuarentena a la nueva normalidad	261
Reingeniería global	265
Tomografía de una ciudad	269
Viernes 15 de mayo de 2020	273
Redescubriendo los espacios cotidianos	277

Crónicas

Huellas del Covid. La inesperada muerte de mi padre	283
Mi crónica del Coronavirus	287

RELATOS

Otro día jugamos bingo

Por Ana Belén Varela Ávila

Como tomada del pelo, los cabellejos y los piojos le ruedan a Lupe; qué mocosa tan andrajosa, pero con el hocico bien pintado anda. ¡Lupe, busca aseo!; ¿qué puede esperar una muchacha como tú, sin un poco de limpieza en los sobacos? ¡Lupe, Lupe, anda, deja a los muchachos ser muchachos; ve por la compra y deja a tus hermanos ser hombres!. ¿Qué son los hombres?, se pregunta Lupe. Hombres que la vieja Patricia no enseñó a ser hombres; todos, guardianes de la falda, ni para freír un huevo sirven esos hombres.

Lupe ve a todos prevenirse, se tapan las bocas, corren en cuanto se les acerca, ¿será que a Lupe ya nadie la soporta? Va a la tienda y el tiendero se asusta al verla; la gente usa guantes, no quieren ni tocarla, recuerda las palabras de la abuela y entre tanta rascadera de los pensamientos, los piojos caen con el pago de las compras. El hombre de la tienda le pidió que se marchara lo más pronto posible y no le quiso recibir el dinero.

Al llegar a su casa, los hombres se han marchado; la abuela dijo que no regresarán, que solo son ellas; Lupe respira aliviada; los detestaba por inútiles, aunque sabía bien que la abuela los había convertido en lo que eran. Pásame las tablas de bingo, es hora de organizar todo para el siguiente juego. Doña Patricia aliviaba el peso de los años con el bingo. Cada fin de mes, los organizaba para todo el barrio. Las sillas que bloquean el paso de la calle jamás faltaban, los chuzos y las alitas eran el negocio de Lupe; en cada evento reunía dinero suficiente para vivir el mes.

¿Qué es lo que pasa? Nadie quiere comprar tablas, la miran y le reprochan que si no lee las noticias, que si no ve televisión, que si no se ha informado en Internet. En efecto, la abuela no permite que Lupe sepa leer o que tenga televisión, por lo que está de más decir que no sabe usar una computadora. Lupe que agoniza cada paso hasta llegar a casa, trata de inventar cómo se salvará de esta, pero la abuela parece sorda; la muchacha habla y habla, mientras tiene sus ojos pegados al bingo; ¡abuela, abuela! Y la abuela no responde. Lupe no conoce a nadie que pueda ayudarla, todos la tienen como la muchacha andrajosa. Escuchó a las vecinas decir que cuesta mucho. Se armó de todos los cartones de la casa y de la calle, y encima la cubrió de tablas de bingo y comenzó a cantar los números: B14, bingo; las lágrimas rodaron.

Cenizas

Por Pablo Javier Tatés Anangonó

Buenas tardes. Vengo a devolver estas cenizas que no son mías, señor. ¡No, no son mías! Hay un error en el sistema, no sé qué pasó, pero estas cenizas no son mías. Ustedes me aseguraron que eran las cenizas de mi hijo. No sabe cuánto lloré.

Al principio no lo creía, el Gobierno aseguró que solo los mayores de 65 años podían morir y mi hijo hace pocos meses empezó su carrera universitaria; sueña con ser cantante. Yo me opuse: ¿cantante?, ¿de qué vas a vivir?, ¿estás loco?, ¿eso es para vagos? Usted no tiene idea de cuánto discutimos, de cuánto nos enojamos. Yo le aconsejé que se meta a la Policía o al Ejército, ya que, desde que tengo uso de razón, para ellos no hay Gobierno que les corte el presupuesto o que los deje sin trabajo.

Dejamos de hablarnos, guardamos los toques de queda en silencio.

El domingo le dio fiebre y salió de la casa rumbo al hospital, no me dejó acompañarlo. El lunes me llamaron para entregarme esta caja con cenizas. No sabía dónde ponerla, qué hacer con ellas. Me sorprendió que haya fallecido tan rápido y que lo cremaran en 24 horas. Estaba resignado hasta que el martes lo vi en la tele, ¡no lo podía creer!, él participaba en una protesta pacífica en contra del recorte al presupuesto de la educación. En la tarde volvió a casa, lo abracé tanto, tanto. ¡Mi hijo había resucitado, señor! Me contó que en el hospital lo enviaron a casa, no contrajo el virus, pero prefirió ir a la casa de un compañero que vive solo y ahí alistar todo para la protesta.

Estás cenizas no son mías, mi hijo está vivo y quiere ser cantante.

Abuelo Pon

Por Xavier Zapata Bustamante

Hola Vera, dijo Xaviera, mientras agarraba su bandera. Ella, con su bandera, quería subir cerca, lo más cerca al sol. Pon, su abuelo, le había contado que allá arriba, en el sol, seres luminosos, de ojos iluminados, nos miraban y abrazaban con mucho calor.

Xaviera comentó con Vera que llevaba su bandera para plantarla en el sol, ya que allí encontraría una vacuna que dé luz a su abuelo Pon y que a su vez acabara con el virus, que en abril se había llevado a su abuelo. Vera puso su mano junto a la mano de Xaviera, que agarraba su bandera; ambas levantaron sus miradas al sol y bailaron en círculos, esperando que un rayo de luz las transportara al sol, para volver a su casa con su abuelo Pon.

La odisea de la pandemia

Por Roger Mateo Asanza Rodríguez

Cada día abro mis ojos, inspirado en un pálido recuerdo anegado en el ayer melancólico de mi memoria, que un día dudosamente volverá. Pareciera que nada hubiera pasado; de pronto, comienza el verdadero terror en mis cristales del alma, los cuales muestran una inquietud a la veracidad de lo que observo. ¿Estoy a través de una pantalla?, no sé por qué mi corazón late inconstantemente. Veo muerte, miseria y hambre, que nunca creí ver.

Ciudades caen como juncos, se doblegan y se levantan, aunque el panorama no lo acredite. Falta humanidad. Minuciosamente veo humanidad. Me concentraré en Guayaquil, la Esparta del Pacífico, quien se sumió en una odisea del mañana, sin saber realmente la situación crítica a nivel local: muertos tendidos en la calle, tomados como números, en estadísticas; sistemas de salud colapsados, sin ayuda, sin apoyo del Ecuador, quién mísero no prestó la suficiente atención. Ver muerte es ver lo que temo; verla es temer en el mañana; ver este panorama es explícitamente desalentador para el futuro de nuestra nación.

“Ecuador de mis amores, pueblo y lucha, sacrificio y redención”, es la frase que me llena de nostalgia; ver un pueblo que decae en mísera hambre, que declive al no poder alzar su voz corruptamente ofuscada, un sistema que solo se preocupa por robustecerse y no por satisfacer la necesidad ecuatoriana, es tiempo de hambre, como siempre lo fue, es tiempo de olvido, al igual que el ayer, y es tiempo de ignorancia, de lo que se quiso esconder. Duele ver como un país forjado sobre oro y volcanes, que emanan tierra fértil y libertad, que surca sobre páramos andinos, es carcomido, desde sus cimientos, para

saciar la sed de seres que han perdido realmente el norte de la lucha popular, que han oprimido nuestros sueños, nuestra voz.

Soy muy joven en este mundo, pero la historia lo describe; lúgubres y empolvadas páginas de papel cuentan la historia magna e increíble de nuestro Ecuador y hoy suma un capítulo más de horror. Mi madre trata de consolarme y alentarme, pero le replico: “Ma, ellos no tienen lo mismo que nosotros, no sé cómo sería si te pierdo. ¡Mira, son muertos son sueños que han desaparecido!”. A lo que ella me abraza y me dice: “Todo pasará, ten fe”. Hago eso, tengo fe, pues me fortalece, aunque sé que el Ecuador nunca será el mismo.

Inflamación

Por Ivonne Eulalia Ponce Naranjo

Reviso las noticias y lloro en el baño, frente al espejo; espero no despertar a Alfredo. Hace más de un mes, la esofagitis no le deja descansar. He buscado remedios y alternativas de medicina natural para tratar su dolencia.

Piedad, la vendedora de abastos del centro, me trajo comino, anís y laurel. Ahora todo se entrega a domicilio. Los que venden algo están buscando promocionarse por redes sociales o por publicidad en Internet, supongo que también lo hacen por televisión, no lo sé, hace más de cinco años que no tengo una en casa, pero conexión wifi sí.

Las infusiones y las especias, hasta el momento, no hacen efecto. Alfredo se siente mal todos los días. Creemos que está afectado por el estrés y porque no se mueve mucho. Cuando arrendamos este departamento, no pensábamos pasar tanto tiempo aquí.

Cuando nos dijeron que no podíamos salir, que todo se cerraba, empezamos a comprar canastas de productos. Nos traían a casa: verduras y frutas; lo único que tenía que hacer era recibir el pedido usando la mascarilla, sin registro sanitario, que conseguí en Instagram. Cambié de proveedor. El tomate, las arvejas y el brócoli agudizaron la acidez estomacal de Alfredo. Tuve que empezar a comprar individualmente y más caro. El otro día llegó un atado de cuatro zanahorias diminutas, con un montón de hojas, por un dólar. Eso sí, ese día aprendí que las hojas de zanahoria, como las de remolacha, pueden ser aprovechadas de diferentes formas.

Paso horas lavando la compra del supermercado y todo lo que viene de —lo que llamo— el mundo exterior. Para calcular el tiempo adecuado en el que muere el virus, lavo mis manos cantando dos veces la canción “Cumpleaños feliz”, espero que eso funcione y no sea una noticia falsa, como las que abundan. Mi madre, por ejemplo, dice que todo esto es mentira. Le llegó tal advertencia por WhatsApp.

Me cuesta explicarle a mi madre lo de las noticias falsas; a mis colegas no les digo nada, sé que están muy enfadados con la reducción de los salarios y de los puestos de trabajo; Alfredo también lo está, le bajaron el sueldo a la mitad; sin embargo, la carga laboral es el doble. Varios amigos dicen que el confinamiento es una estrategia para mantenernos encerrados, mientras aprueban el descalabro de la clase media.

Sigo llorando y descubro que ya no me quedan pañuelos de papel, tampoco mi último trabajo. Hay una negrura profunda en todo lo que veo, pero veo. Me lavo la cara con jabón y sin cantar nada. Regreso a la cama, me acuesto muy despacio en el pecho de Alfredo, que sigue dormido.

#dulces26

Por Liliana Rocío Cantos Montero

Bianca se miró al espejo una vez más. Su maquillaje perfecto empezaba a correrse; su cabello alisado, tan pulcramente, presentaba ya unas hebras rebeldes y con sus ojos fijos en el espejo, supo que no podría contener más las lágrimas.

Caminó en dirección a su cama, retirándose las orejitas de Mickey Mouse que, a modo festivo, se había colocado horas antes. Se recostó en su cama abrazando fuertemente su celular y maldiciendo, con toda la furia de su soledad, a su proveedor de Internet, que le privaba de tener su fiesta de cumpleaños.

**No sé qué hacer con
mi cuarto de siglo**

Por Jhonny Lanchimba

Que te disparen saliva teñida de incertidumbre hace que te dé una microlisis de inmediato, te disloca, te descompone y para ser exactos, te deja sin comer. Es una metástasis de añico, que se pulveriza en las avenidas.

Mueven poco sus bocas, los que saben, y también lo hacen mal, porque Quishpe, Zambrano y de los Montes no comprenden a plenitud, ni haciendo una sinapsis caótica, sobre q-PCR, receptores... metabolismo, ARN, in vitro... monoclonales e inmunidad.

A la gente le ha crecido orejas y miedo en los poros. Del mismo modo, entro yo; no estoy listo, digo, no estoy listo, es el eco con auxilio de los que nunca serán ascendidos al infinito plácido de una buena playa, faldas, refugios selváticos y donde yace el lugar del origen de las especies. Esto no es nada dice, el acomodado, sorbiendo un buen Jack Daniel's. Está bien, esta parte rencorosa lo he sintetizado artificialmente desde mi microlóbulo frontal. A quien yo no veo y que alguna vez lo amé, es el más solicitado; guárdanos, amado...

Mi sombra deforme de las madrugadas, me mira entonando un piano que solo él y yo escuchamos.

—¿Qué pasa cariño?, —pregunta.

—Nada, Transgénico, —le digo. Los días están lucrándose de

mi insomnio y Transgénico me grita, más acá del silencio.

—¡Detente!, cuarenta días no es nada comparado, a que si te descuartizara en este momento. Tu edad es insignificante y sé bien que, porque no hayas comido por dos días, no te vas a morir de hambre. Ve por un paseo y diviértete con el límite. Estamos limitando al norte con una fotografía del escudo, y al sur con una pintura de Guayasamín. Al este... y al oeste... Y, en el hondo de tu bilis áspero, te incardinas al caos, mordiéndote ambas manos. Deja de morderte, deja de romper esa membrana que te protege de mantener seca tus mejillas, con sodio y sebo cutáneo. Por qué no vas por un par de aminoácidos, secuencias, es decir, a tu entretenimiento temporal y virtual. Receptores. Sí, tengo y tienes anticuerpos al vómito y al asco, y genes de resistencia a las mentiras.

—Ya no digas más pendejadas, Transgénico. Afuera, llueven papeles hidratados, con un circo a domicilio, en las cadenas sociales; con guantes tirados, como condones; mascarillas con caries y entre otros fluidos ocultos. Afuera, más allá, a los cuarenta días no le da síntomas de aislamiento.

Ese inconsciente que sigue dentro de un cubrebocas reciclado «¡15 naranjas por un dólar!».

Nery

Por Ángel Estuardo Novillo Villacrés

Del diario de la Dra. Patsy Morán.

Día 1

No hay duda, estoy contagiada. Tos seca, dolor insoportable en las articulaciones. La fiebre llegará pronto. Llamé y activé el protocolo. Mañana vendrán a tomar una muestra y confirmar la presencia del COVID-19. Nery, mi vecina, canta dulcemente, mientras toca el piano, es como un bálsamo para este dolor tan grande.

Día 2

Apenas puedo levantarme. Estoy tan cansada. Es casi mediodía y aún no han venido a atenderme. Pero... ¿por qué extrañarme? El sistema está colapsado. ¡Oh, Nery! ¡Viejita hermosa! La sopa de pollo que dejaste frente a mi puerta me ha dado nuevas fuerzas.

Día 3

La fiebre se instaló y no baja de 40°. Llegar al baño es como correr una maratón. Gracias por la infusión de eucalipto que dejaste. Estoy tratando de hacer las vaporizaciones, pero apenas puedo respirar. Por favor, sigue cantando... ¡canta todas las noches por favor!

Día 4

He dormido tanto. Sentí tus manos acariciando mi frente, mientras ponías los paños fríos. Sentí tu amor en el susurro de tu canto. Sentí la brisa del Guayas, mientras me leías. No debiste venir, podría contagiarte. He comido todo lo que trajiste. ¿Son frutas de tu tierra?

Día 5

Al fin llegaron los médicos. Tomaron las muestras. Dicen que estoy saturando mejor, que lo peor ya pasó. Es una ironía escuchar todo esto, siendo doctora. Quisieron saber quién cuidó de mí. Les dije que fuiste tú, mi ángel guardián. Me miraron sorprendidos.

Día 20

Hoy me daré el alta. Mis pacientes me necesitan. ¿De qué sirve ser doctora si no puedes ayudarlos? ¿Necesitas algo? Toqué a tu puerta, pero no abriste. Seguramente dormías porque cantaste toda la noche para mí. Gracias por cuidarme. Volveré pronto.

De: Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador

Para: Dra. Patsy Morán

De nuestras especiales consideraciones:

Respecto a su consulta acerca del domicilio de la maestra Nery Espinel, cumplimos en informarle que se encuentra registrada como profesora de piano y canto, oriunda de Guayaquil,

adscrita a la Casa de la Cultura Ecuatoriana - Núcleo del Guayas y activa desde junio 09 de 1970 hasta febrero 05 de 2015, fecha de su lamentable fallecimiento...

Querida Nery:

¿Qué es más fuerte? ¿La vida o la muerte? ¿La locura o la razón? ¿El arte o la ciencia? En estos oscuros días, donde lo mejor y lo peor de cada uno brotó, elijo lo mejor. Escojo la locura de la esperanza, la que no exige una explicación lógica, sino la dulce e ingenua aceptación. Escojo el amor que me diste. El amor de tu arte que burló las brumas del tiempo y la razón para siempre.

Secuestro con/sentido

Por Jorge Enrique Miranda Vásconez

Sueñas espléndidamente con tus diosas y en un microsegundo ya estás encapuchado, y un objeto te pincha en la sien izquierda.

—Quedito, nomás, quedito. No le haremos ningún daño. El jefe quiere cuidarlo.

¿Cuál jefe?, te preguntas... ¡Yo no tengo ningún jefe!, pero aceptas. Un torbellino insonoro te invade: ¿el Gobierno de turno?, ¿sus escuadrones?, ¡imposible!. Tu carita sucia tirapiedras ni siquiera pena por las ahora silentes calles del inefable Guayaquil de tus dolores, ya ni reclamas ni declamas en la radio y hace fuuu te sacaron de la cátedra. Tus esporádicas charlas son puros edulcorantes, aunque algunos te acusan de terrorista jubilado, que no has perdido ese tufillo de agitador antisocial... Torbellino insonoro, mientras te introducen en un móvil que se desplaza lento, cauteloso, por no sé dónde, rumbo hacia la nada. Te ruegan que no hables, que les tengas paciencia y sientes que pasan un control, dos, no sabes cuántos; torbellino insonoro. Atraviesan un puente y ya te calmas al saludarte seres sencillotes, patalsuelos, de febril movimiento, en plena cuarentena, sin tapaboca o nariz. Que el jefe está por llegar, que no te preocupes; te sirven algo, te explican y te explican, mientras señalan tu nueva habitación. Sigues sin entender, tan solo miras afuera a unas mujeres y unos hombres multifuncionales que abren surcos, siembran, cosechan, cantan, conversan con los animales y con esos mosquitos que están mezclados con pájaros carpinteros.

Te despierta el olor a café puro, el gorjeo de algunos pajaritos, el puto gallo que pisa a mil gallinas, el tractor a lo lejos, la radio que paniquea tus oídos urbanos, pero ellos, tus captosres sonrientes te piden que no le creas; que el sol y su sudor, y la lluvia y los montes armonizan la vida, y en las noches las ranas y sus “panas” los grillos amenizan la fiesta de otro día ganado. Descubres, absorto, que estos montanases transportan sus productos hasta la Perla y venden directamente, eludiendo controles, y regresan y alegres complementan sus logros con balances, y bailes y amorfinos, y trago. Se ayudan como pueden, cuidan a sus viejos y a sus niños, y a todos, y el propio ayuntamiento los trata con cuidado.

Transcurren minutos, ¿horas?, ¿días?, ¿años? y no aparece el jefe y tú ya ni preguntas, encantado de volver tu mirada al campo, y de ser parte de ellos, de agradecer a Madre Natura, a la Maestra Vida, por enamorarte de esa morenaza, te dice que eres vago y le juras que no, que ella y yo somos como la misma tierra, que somos, siempre seremos de quienes nos trabajan, carajo.

Incierto

Por Antonella Naranjo Calero

No quería despertar. Respiré profundamente con la almohada sobre mi rostro. Sabía que todo seguiría igual, el tiempo no se detendría. Me armé de valor, pero al sentarme y abrir los ojos, la negrura se apoderó de mí. Me dejé caer nuevamente, considerando que quizás tenía un desmayo. No era así. Los minutos avanzaron a mayor velocidad y mis latidos marcaban el tiempo.

Si llamaba a la ambulancia, yo también correría el riesgo de contagio. Debía estar sintiendo algo temporal. No quería que hoy fuera un día normal, pero mi vida debía continuar. Mi pierna derecha se atrevió a dar el primer paso en la oscuridad, y al instante me di cuenta de que no recordaba cómo era nuestra habitación. Moví mis manos desesperadamente intentando encontrar algún objeto que me resultara familiar. Intenté bordear la cama tanteando la superficie, pero esta había desaparecido. Desesperadamente busqué algún otro objeto, hasta que mis dedos reconocieron un rostro: al tacto supe que era él.

Quise abrazarlo, y al mover la pierna izquierda para dar el paso, sentí el vacío. Pensé que sus brazos me atraparían, pero nadie impidió mi caída ni mi grito ahogado. La planta baja me recibió con un golpe seco. El dolor fue directo al pecho. Un estruendo hizo vibrar la casa entera. Escuché platos caer, estructuras ceder y el polvo me impedía respirar. Me arrastré por el suelo, desorientada, ciega y sin salida. La casa me devoraba viva, no tenía certezas del camino; no después de haberlo perdido.

¿Quedarse en casa?

Por Luis Alexander Silva Valarezo

Amanece y el sueño se disipa con la luz que se cuela por el techo de zinc. Se restriega los abultados y ojerosos párpados, intentando alejar las últimas quejas del descanso. Un suspiro se resiste todavía, pero los sentidos lo rechazan. La habitación cruje con los resortes del viejo colchón y el zumbido de unas moscas persistentes que no lo dejaron conciliar bien el sueño.

Revisa su celular tan rudimentario, como el sujeto mismo, con teclas todavía, es uno de esos que, por allá en los 2000 parecían estar en el pináculo de la invención humana; hoy, digno representante de la obsolescencia. No hay mensajes ni llamadas perdidas.

—¿¡Todavía no te vas!?

—¡Ya mismo carajo! ¡Una semana jode y jode con lo mismo!

Sobre la mesa plástica un cajón de madera, de costados curtidos y ennegrecidos por el sudor de las manos, con divisiones que separan unas mentas y un paquete mal abierto de cigarrillos. Una cuerda enganchada en los extremos del cajón se encarga de fijarse en su nuca para que sus brazos no se cansen por la gravedad.

Se coloca una mascarilla artesanal de tela, sucia por el uso constante y la falta de lavado, una gorra que no cubre algunos mechones del cabello cano. En una mano un bastón de palo de escoba, en la otra un guante de látex, roto en la palma. Se marcha esperando que al regresar la casa esté vacía.

Caminando lento llega a la tiendita del barrio, le pide a la “madrina” que le regale un vaso de agua. La regordeta señora, cubierta con mascarilla, guantes y bañada en alcohol, pregunta:

—¿Ya llamaron?

—No, gracias por la agüita, aquí le dejo el vaso.

—¡Bótelo allá, bien adelante!

Sin haber vendido nada, regresa a casa. El cajón de madera vuelve a la mesa, con exactamente el mismo número de chucherías con las que salió. Saca el celular, un mensaje MSP: “Quédate en casa, EVITA EL CONTACTO CON OTRAS PERSONAS”.

El revuelo de las moscas tornasol y la voz, nuevamente:

—¡Lárgate!, no podemos estar juntos. Mira que ya me hinché y me sale una baba espesa con moco y sangre ¿¡Acaso no es suficiente!?

—¡Quiero que te vayas!

—¡Lárgate tú!, ¡ya ni respiras bien y debe ser por mí!

Un vecino, que nunca ha respetado el toque de queda, se tapa la nariz con tal fuerza, que se marea por la falta de aire, desde la ventana grita:

—¿¡Todavía no llaman!?! Viejo, entienda que ya no la van a venir a retirar ¡Yo tengo gasolina, sáquela en una sábana!

—¡No, así no!, es mi mujer...

—Está apestando el barrio.

El virus

Por Felipe Mosquera Cruz

No podría decir cuándo entró el virus a mi casa, siempre fui cuidadosa. Todos los días me cuidaba, aunque el miedo siempre estuvo ahí, en un lugar, entre el hipotálamo y la columna vertebral. No bastó el cloro ni el desinfectante. Ya era demasiado tarde: el virus invadió mi vida.

Siempre me decían: Lolita debes ser cuidadosa, principalmente con los hombres; no ves que en las noticias dicen que ellos son los portadores de esta enfermedad. Al principio no hacía mucho caso. En serio no sé en qué momento el virus se apoderó de mí. Mis amigas decían que entró con los primeros chocolates y flores que me dio el Rodri. O cuando vi que mi cuerpo tuvo los primeros moretones. No le di importancia al virus del que poco hablan y mucho daña. Ya pasará decía y pasó.

No pude estar tranquila, ni en la sala ni en el dormitorio ni en el baño ni en el escondite que adecué en un rincón del armario. El virus me alcanzaba. No me dejaba respirar. No me dejaba hablar. No me dejaba caminar. No podía ver. No escuchaba. Ya no sentía. Ya no vivía. ¿Coronavirus? Rodrigovirus diría Yo...

Debajo del escondite del rincón del armario y oliendo a tierra, escuché una noticia en la televisión: lamentamos informar la desaparición de Dolores D.; su familia la busca hace una semana... Rodrigo apagó la televisión y echó más tierra en el escondite.

Conspiración 2020

Por Elssie Cano

*El miedo, la ignorancia
y la credulidad tienen el mismo
efecto que la pandemia.*

—¿Por qué y cómo lograron recluir a millones de habitantes?
—preguntó mi hijo. Me sorprendió su curiosidad, cuando aquel incidente dejó de ser noticia hace mucho tiempo.

—Un día, hace diecisiete años, en 2020, comenzaron a circular historias ridículas, bizarras y disparatadas. Como era usual se culpó a un animal para disfrazar la verdad. Así como se dijo que fue una serpiente, la que incitara a una mujer a descubrir el engaño del Paraíso; una paloma, la culpable de la infidelidad de una virgen; las pulgas de una rata, las transmisoras de la peste bubónica y en 2020 se reportó que fue un murciélago, el que desató la pandemia de un virus letal. Cogidos en falta, los causantes del maquiavélico plan aceptaron que el virus fue manipulado en un laboratorio, en China. Del Asia, el mal pasó a Europa y luego se propagó por todo el mundo. Se reportó que, en Ecuador, como en otros países de América, por no contar con recursos sanitarios suficientes, tampoco con equipos necesarios, los muertos se recogían como racimos por las calles.

—Entonces fue un virus y el miedo al contagio, los que hicieron que la gente se enmascarara y refugiara en sus casas.

—Se utilizó el miedo para paralizar al planeta, porque del virus jamás tuvimos una clara explicación. Los científicos no sabían clasificarlo o tratarlo. Se impuso una vacuna cuyos efectos no eran confiables, además de una identificación digital; con el paso del tiempo se aniquilaron las partes sobrantes de los casi ocho mil millones de habitantes que éramos entonces.

—¿Ocho mil millones? Hoy con cinco mil millones somos demasiados.

—El planeta estaba superpoblado, con recursos limitados; en consecuencia, el modelo económico cayó en quiebra. Fue necesario encontrar una solución al descalabro mundial, el poder global puso en marcha una solución al problema. Las fundaciones Rockefeller, Bill Gates y miembros de la élite anónima financiaron la lucha para combatir la enfermedad, y crear la vacuna, años antes de que el virus se presentara. Un año antes, el “profeta” Gates participó en un simulacro del brote de una “severa pandemia” a nivel mundial. En 2014, el “salvador del mundo” Obama declaró: “debemos estar preparados” y elaborar una infraestructura, no solo en casa, sino global para responder a una pandemia de manera rápida y eficaz.

—¿Estás insinuando que la pandemia fue utilizada como un arma de destrucción masiva y el chip en mi muñeca es un instrumento de vigilancia?

—Hablo de una teoría.

—Madre, siento que se te fuera la lengua, pero debo reportar esta grabación a la policía secreta.

La batalla contra el dragón

Por Juan Daniel Calero Solís

La cabeza me explotaba. El calor de mi cuerpo era intenso. Al segundo día, la comida no tenía ningún olor ni sabor. Yo siempre he sido fuerte, ¿qué me pasa? Mónica me atendía, muy amorosa. Preguntó si no me molestaba que viniera un sacerdote a la casa. Yo, que hasta ese momento había tenido el rostro compungido, solté una carcajada que me produjo dolor en las costillas.

—¿No?

—¡No! Tampoco quiero que vengan mis hermanas ni mi cuñado con sus peroratas, con Biblia en mano.

Ese día comí un par de cucharadas de algo. No sentí ningún sabor. Por la noche temblaba y sudaba. El dolor de cabeza era total, el cerebro latía y el estremecimiento del cuerpo era incontrolable. Algo oprimía mi pecho y espalda. La tos era constante. No podía respirar bien.

—Mejor te llevamos al hospital.

—¿Para resucitar cual Lázaro?

Lograba hacerla sonreír. Su sonrisa es bondadosa, como el alba; tierna, como el anaranjado del atardecer; romántica, como la noche envuelta de pasiones. Tenía una paciencia extraordinaria: durante esos días, me leía a Haggard, *Las*

minas del rey Salomón. Creo que eso me daba fuerzas. Cuando culminamos de leer la novela, con esfuerzo hice algunas pinturas; solo soy un aficionado. Mis piernas no lograban sostenerme, tampoco podía sentarme, pues me derrumbaba en la cama. Tuvimos que improvisar el modo de utilizar el soporte y los materiales. El resultado: más de treinta obras, de pequeño formato.

Al tercer día, descendí a los infiernos entre rocas rojizas y ruidos, que taladraban los tímpanos. Allí estaba el dragón, lanzando fuego por sus fauces. Llevaba en su cabeza una corona dorada, muy brillante, en la cual estaban incrustadas piedras de distintos colores. Un lengüetazo de fuego cayó en mi frente; sentí el ardor. Me perseguía. Las llamas seguían cayendo cerca de mí. Yo le lanzaba varias piedras y no le causaba daño. Entonces, recordé que había leído sobre el “elefante salvaje” que Buda propone para amaestrar la mente. Pensé que el dragón no existía, que era una proyección mía. Los rugidos de la bestia eran insoportables. Creé mi silencio, para que nada de lo exterior me perturbara. Decidí no esconderme tras las rocas. Me senté. Cerré los ojos. En ese momento sentí que un calor infernal se acercaba a mí. Tuve pavor, pero debía contrarrestar el sufrimiento. Escuché mi silencio o el silencio. Una brisa, por fin, me rodeó. Exclamé: “¡No existes!”.

Cuando abrí los ojos, mi dulce Mónica, mis hijos y mis hermanas estaban ahí. Mi cuñado, con su Biblia en mano, hablaba, mientras que un sacerdote salpicaba unas gotas de agua, en mi rostro.

El último sueño de la peste

Por Juan Carlos Moya

Dejamos atrás las dunas del desierto peruano y nos adentramos en un juego erótico sin agua, solo con un poco de chicha morada y pisco acholado. Debimos sospechar que la noche iba a ser fría, cuando desnudos corrimos hasta la playa y el mar se quebró con nuestros cuerpos, que impunemente trasgredieron olas de cartón piedra, bajo un foco lunar, que parecía estar goteando sangre sobre nuestra piel azulada.

Vamos a desaparecer como fantasmas, dijo la peruana y revolvió su lengua dentro de mi boca.

Esa noche, en la oscuridad marina, tocamos fondo hacia un territorio desconocido, donde el pisco hizo lo suyo, y al volver al Ford Mustang negro, como un homenaje a mi querida chola y a ese territorio desértico, dejé la bandera de Perú, una miniatura que llevaba en la guantera, clavada en la arena, de cara al mar rojo.

El doctor

Por Mijail Humberto Alvarado Almeida

En un país de Sudamérica del que siento vergüenza acordarme, por la malevolencia de sus gobernantes y por mi ausencia congénita del patriotismo de mis pares, yo fungía como doctor a tiempo completo, hace unos cincuenta años.

Era el tiempo de la peste y mi función era levantar los cadáveres, falseando las causas de muerte para que la estadística no sonara tan deprimente y así la propaganda del Gobierno no se viera afligida por ese animal impío llamado verdad. Como si mis manos no fueran mías —y mi conciencia cada vez menos consciente—, redactaba las actas de defunción al gusto de mis superiores.

De todos los cuerpos que vi, sin duda, jamás podré desprenderme de la imagen de aquellos octogenarios desnudos, abrazados y con sonrisas triunfantes, que provocaron mi renuncia al servicio público y a mi profesión. Debo acotar que si a un amigo o familiar le receto uno que otro antibiótico, le insisto que solo me diga Ramón y que, en ninguna circunstancia, me llame doctor.

Se suponía que mi jornada había acabado; sin embargo, mientras coordinaban mi reemplazo, ya que la persona que me iba a relevar había sido contagiada con la enfermedad, me solicitaron que vaya a un último domicilio. La dirección me resultaba desconocida, no así al policía que nos transportaba.

En las calles, por el toque de queda, solo logré ver a tres perros flacos y a un gato sarnoso, con más llagas que pelos.

—Es aquí —indicaba afligida una señora que, desde una ventana, se cubría la cara intentando evitar inhalar el hedor que alcanzaba la planta baja del vetusto edificio.

—Sí, seguro —alegué, sugiriendo que también había percibido la pestilencia.

Subí por las escaleras hasta el tercer piso, entré a la habitación, no sin antes valirme de la acción de los policías, que nos escoltaban, quienes tuvieron que derribar la puerta atrancada. Un modesto comedor nos separaba del dormitorio de los occisos, en el que imaginé la última cena que compartieron los esposos. En la recámara, los gendarmes me sacaron de mi abstracción y me pidieron que realizara el procedimiento, lo más rápido posible. Durante mi arrobamiento, que quizás duró, exagerando, unos diez segundos, me di cuenta que, algún día, quería dedicarme a escribir y no fue hasta ahora, cuando decidí empezar, podría decirse, a novelar mis recuerdos y, por ejemplo, a imaginar el último diálogo de aquellos dos ancianos, que murieron sin aire en sus pulmones, haciendo el amor.

Yo diría, desde mi arbitrio de escritor, que fue así:

—Vieja, me muero.

—Nos morimos, viejo.

—Pero vivimos, ¿cierto?

—Vivimos, viejo. Vivimos.

Pensamientos positivos

Por Rafael Alfonso Avilés Silva

Amanecí un jueves para enterarme que ya era domingo.

Leí las noticias: muerte, corrupción, abuso, violencia, calzones rotos, sangre, lágrimas, gritos, desesperación y un Fiat que chocó.

Bebí un sorbo de agua, intentando enjuagar mi mente del Arjona, que suena en el callejón; escupiendo maldición a este despertar. No hay caso, ahí sigue cincelando mi entrecejo, atiza recuerdos.

Hace días que necesito un caucho, un repuesto para mi cafetera. No hay cómo conseguirlo. Esta cuarentena me condena al café instantáneo. Me siento un idiota llamándolo café.

Las calles están vacías y el tinto quema mis labios. Agito la cuchara para enfriarlo, mientras camino por el departamento, pensando que debería ser obligatorio el uso de auriculares.

Sigue sonando Arjona.

—¡Baja el puto volumen! Qué pesadilla. ¡Basta!

Necesito mis ánimos arriba. Pensamientos positivos.

Todas esas modernas religiones, que mi lógica rechaza, hoy,

mi incertidumbre las pasa por debajo de la puerta de mi razón. Quizás sirvan para algo.

Busco en el teléfono celular una clase de yoga, pero me distraigo en Facebook y en Twitter; con que han muerto más fulanos amigos de zutanos y el papá de un excompañero de colegio: pésames sucesivos, en el grupo de WhatsApp, y un “gracias” desde la soledad.

—¡Qué duro hermano! Te abrazo —menos mal no fue a mí—. Te extraño.

Extraño a todo el mundo. No quiero ver a nadie, pero extraño la libertad de que si quisiera, podía verlos. Quiero salir. Más que salir, quiero entrar. Pasear en una piel morena, acariciar un par de tetas, ahogarme entre piernas. Tener una excusa para cambiarme el *short* diario, que me vende como portada de un momento estacionario, y en veinte metros cuadrados, volver a recorrer Madrid, París y mi baño. Volver hacer un simulacro.

Amaso la idea, le doy forma en mi cerebro, pero no hay cómo parirla. Una sirena suena y la fantasía se aborta sola, y sin pañuelo verde. Con ella baila un muerto más en mi cabeza y pienso: “que no le pase nada a mi vieja, hoy no puedo defenderla”. De nada sirven mis puños. No hay balas para poner el pecho.

Me tranquilizo. Me siento a esperar que la espera tenga sentido. Me fumo un chafo y el sinsentido es sentido sin sentido: un dibujo del virus con la cara de Hitler, la pesadilla, que desde marzo me hace reír.

Los días son circulares. Cambiaré mi nombre a Pi.

Sucedé que

Por Sergio Luis Aguilar Cuenca

Me encuentro guardado, como letras entre páginas quietas, confinado en la fresca vasija de barro; abrigado, como si estuviera en el vientre, conversando con las sombras, que ahora ya tienen nombre, porque habían estado huérfanas mucho tiempo. Todas las comidas son blancas, siempre hubo espacio en el comedor para los ángeles.

Todos los días florece un sol de meses largos. Cuando la noche llega a mi cama, me recuesto en el verso más largo... Mañana es otro día, donde escribo, en este prematuro husmo, y la peste va predicando, de casa en casa, sobre la muerte. Solo queda conservar lo que tenemos: este momento para escribir sobre negarnos a dejar caer las escasas cucharadas de arroz, las sonrisas que guardo para los niños en el desayuno, el espacio para ordenar las costumbres, limpiar el patio para acomodar la infancia, desempolvar los recuerdos, la hora larga de paz con rostro sin distancia.

Sucede que seguiré en este pedazo de mundo de cuatro pasos, esperando el turno para abrir los candados hasta que termine el túnel de los días, a que vuelvan esos días de olor a humanidad, donde lloramos hedor. Este pedazo de poema repartido alcanzó para todos en la mesa, con sílabas que resucitaban la patria, a pesar de que teníamos cadáveres recostados como trigo, a pesar de que el hambre nos tenía tachados en su lista, sin que nadie pueda chocar sus alas, para dar un mensaje de cuerpo a cuerpo, porque el mundo tenía

fiebre y la tierra entraba en dolidos amaneceres de tumbo, en tumbo y en tumbo.

Sucede que no recuerdo el rostro del mar ni sus pies, que humedecían mis pies; ya no recuerdo la geografía de los paisajes ni los colores enloquecidos de su tez, ya no sé cuánto ha crecido el ruido de los pájaros, desconozco la planicie del viento, que acariciaba la costa de mi rostro; sigo con el idioma de la distancia, con la mirada más cerca de la cueva, con el miedo de los pájaros de ser los próximos en no volver. A tientas por las calles, con el oficio desdeñado, con las señales enterradas, con las migajas de pan para calmar el precipicio del vientre; sin saber si habrá alguna biografía en la lápida o si solo seré enterrado con la vejez de la palabra, atado en la habitación entre estos cuatro silencios.

Sucede que seguiré aquí, en el barro que nazco y muero, en el despertar de la ciudad con rostro nuevo, desayunando el primer sol de mi pueblo, para no perder el rastro de lo que nos queda: “versos con el adjetivo vida en la piel”.

Una víbora boba en mi jardín

Por Rosalía Arteaga Serrano

La cuarentena se arrastra por su segundo mes, con la pereza de los días interminables, con las conversaciones a distancia, con la angustia por las incertidumbres clavada en los intersticios del alma.

Los cielos limpios, sin las trazas amarillentas de las emisiones de los carros, las noches más luminosas con estrellas de guiños picarescos, nos hablan de la recuperación de la naturaleza.

Hay montones de hierbajos que crecen por las juntas de los ladrillos, los pájaros se pasean en parejas, como dueños y señores del diminuto jardín.

Paso la mano para acariciar la hierba, las gotas de rocío se me quedan adheridas a los dedos y me produce un escozor en la piel.

Hay un mundo que bulle debajo de cada puñado de hierbas, las lombrices rosadas y solemnes, los escarabajos pequeños, los mosquitos que anidan sin preocupaciones, cada microscópico ser que forma parte de un cosmos.

El ruido de algo que se desliza me sorprende, veo por el rabillo del ojo a la serpiente que se ha detenido a milímetros de mis manos y alza su cabeza y agita su lengua finísima.

No tengo razón para saber que es un ser inofensivo, me quedo

paralizada por el temor, jamás había visto un animal de ese tamaño en la capital enclavada en los Andes, a una altitud cercana a los tres mil metros sobre el nivel del mar.

Retrocedo lentamente, la víbora me mira por el ángulo de sus ojos oblicuos, es agrisada, casi negra. Me alejo lo suficiente como para sentirme a resguardo.

Aprendo, no representa peligro, es la llamada víbora boba de jardín; todos los días se aprende algo, me río. La naturaleza se toma su desquite, la tranquilidad de estos días ha hecho que retorne con fuerza, que se cuele por cada espacio, que se adueñe de las calles y de las vías, de los cauces de los ríos, de las playas y los mares.

La víbora de mi historia recuperó su espacio en mi jardín.

Conjeturas del fin del mundo

Por Diego Orlando Gallardo Valarezo

El mundo no podía corregirse, la hecatombe era inevitable y la ciudad ya no era segura, debía dejarla cuanto antes. En 24 horas cerrarían las carreteras y obligarían a la población a esconderse. Todo se volvió infeccioso, incluso el aire y la lluvia. Nos dijeron que no se trataba de resistir, era cuestión más bien de acostumbrarse. Yo solo pensaba en volver a casa, a mi verdadero hogar, al pueblo que me vio crecer y me vio partir como a todos sus hijos.

El autobús se retrasó, como todo lo que debía llegar a tiempo a mi pueblo. El trayecto, además de largo y cubierto de polvo, se hizo cruel frente a mis inútiles intentos por relajar las piernas y apaciguar ese cosquilleo insoportable que las recorría de arriba a abajo. En el pueblo decían que cuando tus piernas están adormecidas no debes moverlas bruscamente o las quiebras. Así empecé a recordar pequeñas cosas, ya que la sola idea de volver las trajo a mi memoria. Recordé a la tía Lupe, a la monja que me hacía llorar, a papá dando vueltas, cansado en la madrugada, y los billetes de lotería que me desilusionaban los miércoles. Mientras más nos arribábamos a nuestro destino, más recordaba y las ganas de arribar se desvanecían inexplicablemente hasta el punto de desear quedarme profundamente dormido, y de despertar en alguna estación tan distante de mi pueblo. Parecía como si el conductor oía mis pensamientos y sus ganas de perturbarme, le hacían acelerar con furia en cada bache para asegurarse de que no me durmiera.

Ahí estaba el pueblo, tal y donde lo había dejado, entre el río y el viejo estadio, donde se instalaba el circo. Con sus mismas calles polvorientas y las mismas casas habitadas por gente que algún día decidió regresar. El autobús se detuvo y como si yo fuera la única persona destinada a bajarse en ese punto, nadie, a excepción del conductor, abandonó su asiento. Intenté ponerme en pie varias veces. Quise bajar a enfrentarme contra todos y a cada uno de los pretextos que no me habían dejado volver en tantos años. Por un instante, me sentí inmensamente solo en todos los estados de mi ser. Sentí que todo aquel que decidiera regresar pagaría el precio de no poder ser acompañado en su travesía. Como si el destino te concediera una sola oportunidad de abandonar el pueblo y quien decidiera volver, tendría que quedarse solo y para siempre allí. Esa sensación me aterrorizó igual o más que ver al conductor subiendo al autobús para continuar el viaje y yo aún sin decidir si bajarme o hacerme el dormido.

Cerrado, cerrado

Por Héctor Vladimir Alvear Chalco

Me dijeron que no pasaba nada, el Gobierno indicó que no pasaba nada, la televisión informó que no pasaba nada, que esa cosa, que ese bicho, que ese virus no iba a llegar a Ecuador, que no iba a llegar a Guayaquil. Me comentaron que solo era una gripe que le daba a los viejitos, una gripe de los abuelitos; que solo le daba a la gente que no tomaba vitaminas. Entonces pensé, hice mi tarea de pensar, algo difícil para un burócrata de nivel medio, porque cuando la gente piensa se vuelve peligrosa, en muchos sentidos: si esa cosa, ese virus, le daba a la gente que no tomaba vitaminas, los pobres, lo más pobres entre los pobres, iban morir de manera atroz; es como una audiencia de ejecución de sentencia, no hay apelación, no hay chance para nada, nada de nada.

En el pasado, uno filosofaba que la nada era algo, pero en situaciones extremas es difícil filosofar; uno piensa que va comer el día de mañana y el día después de mañana, que mamita va estar bien, que el viejo va estar, que mi mujer va estar bien, que mis panas y mis amigos van estar bien, que los compañeritos del trabajo van estar bien, qué absurdo. Tener que decir que todo va estar bien, autoengañarse y también mentir a los demás para no tener miedo, para no alarmar a la población, para que el implacable Estado no te llame terrorista o propagador de noticias falsas, solo porque ellos dicen la verdad.

El viernes, 13 de marzo de 2020 —aproximadamente las 12:30, en mi hora de almuerzo del trabajo, porque uno trabaja para vivir, para tener sus pequeñas cositas, tomarse unas bielas con los panas, ir al cine; ni mucho ni poco—, al salir a buscar un almuerzo, en la avenida 9 Octubre entre Pedro Carbo y Córdova y en los alrededores de la plaza San Francisco, todo estaba cerrado: panaderías, tiendas, iglesias y almacenes. La plaza estaba desierta. Unas palomas picoteaban la acera, buscando migajas entre las migajas; un par de ratas se chocaron, estaban como desorientadas, como que no sabía si era el día que debían salir, si era la hora correcta de salir; todo estaba alterado. Seguí buscando.

El local de la señora de los batidos había sido clausurado, supuestamente por no respetar el distanciamiento social y por ser un posible foco de infección. Infección es la corrupción, la impunidad, el olvido. Los bancos seguían recaudando la plata que no les pertenecía. Regresé al trabajo, solo pude comprar un sándwich de chanco y una cola Gallito. Nos mandaron a la casa, una nueva cárcel. Arresto domiciliario masivo.

Violeta

Por Néstor Dalton Osorno Gutiérrez

La mañana en que Violeta pugnaba por levantarse, pudo comprobar que había envejecido.

—Tanto me ha menoscabado esta senescencia —dijo y se aferró a la degolladura—. Señor mío, ¿para qué esta duración? Jamás imaginé que los años repicarían para vivir con los nietos de mi hija, en tierra lejana.

Nadie estaba para ayudarla. Repasó la habitación donde yacía: el ventanal humedecido por la lluvia del invierno, la persiana filtraba la luz matinal; el espejo del armario reflejaba parte del cubículo: el rosario de Tierra Santa, retratos al óleo de sus hijos: Rocío y Néstor, fotografías de sus nietos: Susana y Rafael, una postal de sus bisnietos con Papá Noel: Mía, Lily y Liam, el Calendario Franciscano 2020, una acuarela descolorida, la poltrona, la bicicleta estática, que pocas veces montó; el semanero, donde guardaba alhajas, prendas íntimas, amuletos, cuentas, un álbum musical con los acordes de La Bohemia, cartas, su diario y los libros de enseñanza: Elementos de Geografía, de Josefina Passadori; Historia animada del Ecuador, de Óscar Efrén Reyes; El Ecuador de Eloy Alfaro, de Alfredo Pareja Díez-Canseco; sobre el velador: medicamentos, dos pares de anteojos, pasiflora, mejorana y ruda para alargar el sueño y el control de la tele. Necesitaba llamar por ayuda, pero un nudo invisible ahogaba sus palabras y menguaba sus fuerzas.

—Caray, el precio de la vejez —decía y aguardó el apoyo con paciencia que jamás había tenido porque fue una tolvanera en sus quehaceres. Llegaron sus hijos y la levantaron—. No estoy renegando de esta doble peste —murmuró y fue al baño, luego al comedor y desayunó algo de la dieta prescrita, retornó a la recámara refunfuñando; ya arrellanada, en la poltrona, preguntó—: dónde está Guayaquil o Wharton —comenzó a columbrar—. Diantre, necesito recordar para no desquiciar y morir, porque la guadaña no viene llegando con los años, sino con el olvido, que es la misma parca. Afirman que quien está perdiendo la calamorra debe procurarse una de tinta en papel. Yo, he tomado este cuaderno de apuntes de mi hijo para borrar los tráfos de la mía. Cicerón dijo que “el que sufre tiene memoria”, trataré de contradecirlo y haré una fiesta con mis remembranzas. Veo, entre dormida o despierta, por el potingue para la vejez: maletas, abrigos, pasaportes y la caminadora. Fuga aérea de la muerte para la vida, en tiempo de COVID-19, que mata al mundo por millares diariamente. Estoy perdiendo retentiva y vitalidad, empero, sacaré fuerzas para viajar y contarle a mis bisnietos, en Wharton, que hubo un tiempo en que convivíamos sin miedos; cuarentenas, matasanos, colas para pábulos y fármacos, vestiduras con visores, tapabocas, manoplas, zapatones... ¿isilvación u óbito!?

El efecto mariposa

Por Lorena Quiroga Magallanes

Llegó el día en el que las mariposas enfermaron. No me refiero a las que pasan volando por nuestras ventanas. No, no hablo de ellas. Hablo de esa mariposa que habita en nuestro pecho, desde siempre, que tiene sus alas abiertas e infladas de aire, una a cada lado del corazón. Que se mantiene en un aleteo constante de inhalaciones y exhalaciones, llenándonos de brisa suave y de vida, por dentro.

Algunas duran más tiempo que otras, pero finalmente no son nada más que historias fugaces.

Alguien afirmó que: “el batir de las alas de una mariposa puede provocar un huracán en otra parte del mundo”, pero quien lo hizo olvidó mencionar el efecto que podría tener si, en lugar de agitarse, murieran en silencio.

Muchas llegaron, volando de todas partes. Se nos acercaron y nos abrazaron sin siquiera sospechar lo que traían a cuestas junto con sus equipajes. Caminaron por sus calles, que son también nuestras calles. Compartieron los mismos espacios con nosotros, pero ignoraban que, en algún momento, en algún lugar, habían inhalado un aire de destrucción, que ahora lo llevaban por dentro y que lo iban disseminando a su paso, como quien esparce un olor.

Cuando caímos en cuenta, ya era demasiado tarde. El número cero se había transformado en una cifra inconmensurable

sin llegar a ser tan grande, como el dolor y el miedo que se apoderó de todos.

Nuestras calles siempre tan incansables, tan efervescentes y ruidosas se quedaron quietas, y en silencio, como los pueblos fantasmas. Fue así. Llegó el día en el que las mariposas enfermaron. Las más frágiles, como un soplo, se quedaron sin brisa, sin latidos y sin historias por concluir. Esas miles de despedidas nos tomaron por sorpresa, no lo esperábamos.

Para estar a salvo, nuestras casas fueron convertidas en refugios blindados; cerramos puertas y ventanas. Sin embargo, al aislar el peligro, dejamos también afuera los abrazos, las cosas que considerábamos importantes y esas presencias que siempre percibimos como obvias o sobreentendidas, sin imaginar cómo sería estar sin ellos y cuánto se los llega a extrañar.

Todo cambió. La vida dejó de ser la misma y nos encerró para reinventarnos. Nos lastimó para aprender a soltar cosas huecas, que no nos definían y a voltear los ojos hacia el interior de nuestras puertas, hacia nosotros y los nuestros.

Esa mariposa que nos habita, milagrosamente nos mantiene aún conectados con la fuente de la vida. Nos pide a gritos que retornemos a ser más humanos y nos recuerda que un pequeño cambio puede provocar un huracán en otra parte del mundo.

Sueños realistas

Por Katheryn Paemla Paucar Silva

En tiempos de pandemia, el cielo se parece a un frasco lleno de pensamientos lúgubres y humanos, por lo que la vista de libertad se mancha de ansiedad; sin embargo, hoy he vuelto a despertar, mientras soñaba con un mundo asolado, por lo que corrí a los ventanales de mi refugio y pude ver a un caballero andante, a una mujer que correteaba y a una pequeña mascota que saltaba. Ellos no me ven y yo no puedo hablar con ellos, pero, a pesar de eso, vemos un mismo horizonte que trae aliento de esperanza.

Dicen que la ventura siempre deja una puerta abierta en las desdichas. Será que después de tres meses sin ver al “prójimo” nos permitamos repensar su “función” y entender que son nuestra compañía. O recordar la abundancia de nuestra primera madre, que sin carga alguna nos albergó, sin privarnos de nada. En fin, confío en que los pocos que están y en los muchos que se quedan hacen memoria, para recrear practicas colectivas de nuestros antepasados, y los que se fueron nos impulsan a vivir con amor y justicia social, mientras pretendemos abdicar de los triviales tesoros.

Ansiosamente espero salir y testificar el regreso de la época de oro, donde los individuos formarán un “nosotros”. Así pienso en el sueño de hoy, pues no sé si existirá el de mañana.

Rostros de una peste

Por Julio César Roca de Castro

Yo tenía 9 años y con mis hermanos pasábamos solos en la casa de una sola habitación, ya que mi mami salía a vender cualquier cosa. Mi padre no estaba con nosotros. No sé si había muerto o se había ido, otra forma de morir para nosotros. Dormíamos en un colchón, en el suelo. Teníamos tres días sin comer, porque mi madre no había podido vender nada, debido al encierro obligatorio, y como con hambre no podía jugar, me ahorqué. Los vecinos dijeron que nos iban a dar alimentos y a arreglar la vivienda, pero llegaron un poco tarde.

Yo era una chica de 16 años, vivía en la playa y recogía conchas de mar, lo hacía desde niña hasta que un hombre quiso forzarme y como me rehusé, me enterró un puñal. No alcancé a pedir auxilio, como lo hicieron miles de mujeres y sus hijos, en tiempos de pandemia, por agresiones de hombres, que se creen muy hombres al golpear a una mujer, en sus casas. Algunos descargan su ira por el maltrato que otros les infligen, como lo hace el padre de Pavel con su madre, en la novela *La madre*, de Gorky. Creo que ahora no podré recoger conchas.

Habité este mundo hasta que, por algún agujero, entró una peste que acabó mi vida. No conseguí oxígeno ni medicinas, tampoco me abrieron las puertas de algunos hospitales; me pude haber salvado en uno público, paradójicamente, sin posibilidades de contagio, si el Estado lo hubiera construido, y equipado, si no hubiera rebajado, en los últimos años, las

inversiones en salud. Pude haber continuado amando y ser amado, pude haber sembrado más.

Vine de ultratumba para contar que mi cuerpo inerte estuvo abandonado por varios días, en la vía pública, sin ser retirado por las autoridades. No merecí ese doble abandono. El perro de mi hogar sí tiene sepultura.

Morí y me pusieron en una funda. Mi hija desesperadamente me buscó entre bultos depositados en la bodega del hospital, donde estuve internado, y en contenedores. A otras personas, les dieron cuerpos sin vida de otros y no de sus parientes, pero cuando supieron que sus familiares estaban vivos, la dicha volvió a su alma. Muchos esperaron angustiados en las puertas de los sanatorios, para que les entregaran los cadáveres de sus deudos.

Aparecí en un ancianato de otro país, como bastantes de las víctimas; pobre, negro y latino.

Yo vivo, soy médico, enfermera, recolector de basura, trabajo por la salud y la existencia. Yo fui despedido de mi trabajo; la mayor pandemia es el reparto inequitativo de la riqueza. A derribar los muros del egoísmo.

Encierro sexual

Por Tatiana Estefanía Mendoza Armijos

Pues no sé qué es peor, que se te noten las bragas o el chocho, decía Lola, en la película *Átame*, de Pedro Almodóvar.

Según una encuesta, de una usuaria de Twitter, culear es lo que hará la mayoría de las personas, después del encierro. Culear. Carne. Sangre. Semen. Saliva. Líquidos vaginales. Sudor.

Mientras escribo este texto, escucho a INXS, y un grupo de WhatsApp envía un meme; dedos escribiendo: “ya marica”. Creo que la adolescencia regresó. Sin vaselina. Somos los PPL del encierro sexual. Mientras unos se masturban con los dedos acalambrados, sedientos de lo que ven en la pantalla, otros ya no saben qué posición inventar. El *Kamasutra*, como Biblia aburrida. La respiración sostenida de los griegos. La hamaca de los Incas. Todo es válido, como nada ya lo es.

La ninfómana y el mujeriego pagan sus culpas desesperados. Otro usuario de Twitter. Siempre hay una opción, la de encariñarse, como ruleta rusa, con algún tipo; hablarle de lo que haremos al vernos. No hay nada mejor que retardar el placer, si es que la parca no viene antes.

El hueco de los placeres cerrándose. Entonces, leo a Fonseca, Ella y otras Mujeres. Se abre y gotea. Monte de Venus, como rocío de la mañana. Calambre en mi vagina. Uno, dos, tres. Contraigo. Estiro. Volver.

El diablo de la botella del cuento de Stevenson, está en casa. Baila. Alguien tiene que liberarlo. A cuentagotas. Se aburre. Lo alimento. A veces le tengo miedo. Promete felicidad. No le creo. Sortea un deseo. Tengo las defensas bajas. Mi novio está en otra ciudad. Paradoja. El demonio sonrío en la madrugada. Somos amigos, dice. Baila. Aún no. Aún no te libero.

Son las diez de la noche, en Twitter y bajo el encierro no sé qué es peor, desnudarse, pedir amor o tener sexo virtual, en esta red o con cualquiera. Opciones, como camino, no llegada. En fin.

La ciudad que jamás fue conquistada

Por Stefanie Alejandra Ruiz Matute

He vuelto a entrelazar, en mis brazos, la sensación de libertad más profunda que me han heredado la vida y la escritura, aunque este encallado encuentro es de desdicha. Son las 00:40, del 20 de mayo de 2020, y el silencio de la soledad camina en mis brazos, deja las palabras no mencionadas, de una atrasada repetición de días y noches, con el mismo sabor y nostalgia.

Guayaquil una ciudad que miraba la alegría, en horas melancólicas; actualmente distribuye horarios para su sonrisa; se dibuja impávida y fuerte, como lo hizo con otros juramentos, con otros desastres, con otras pestes. La ciudad resiste con la mirada firme, la economía indecisa y la determinación imperturbable, que más recóndita enunciación puede establecer un lugar, que fue azotado una y tantas veces, como el amante que tiene el sabor amargo del falso amor.

Las personas, en este rincón de Latinoamérica, ven el amanecer y deben elegir entre el someterse a la inundación del hambre o mirar a la muerte, a los ojos, diciendo que le dé paso, para seguir adelante. No hay más elección que vestirse de fortaleza y buscar, en el café de la mañana, un consuelo para pasear en los acordeones de una incertidumbre, que se vive día tras día. Guayaquil quizás ya no vela con la jovialidad de sus acostumbradas noches de placeres nocturnos o con el ruedo de sus calles envueltas de murmullos, pero permanece impasible, altiva y orgullosa, diciendo: hoy resisto, como lo hice ayer, como lo haré mañana.

La muerte en la puerta

Por Sofía Amaranta Goglia Estupiñan

Hay historias en las que el protagonista termina viviendo feliz para siempre; sin embargo, cuando de la muerte se habla, sobra decir que el antagonista se convierte en el personaje principal de una historia llena de dolor.

Era el primer día de cuarentena y todo se sentía igual. Como un domingo, que no tienes ganas de salir y prefieres quedarte viendo películas. La diferencia, es que ahora no había opción, o no salías o te morías. Eso, al menos era lo que mi madre me repetía, asustando a mis hermanos y a mí; nos contaba de un monstruo invisible que atacaba a la gente. ¿Qué habíamos hecho para merecer el dolor y luego la muerte? ¿Qué había hecho la humanidad? Mucho, aquella era la respuesta: mucho. Ahora nos tocaba recibir el castigo, que la tierra nos daba.

Primer mes y las cosas no habían cambiado. Seguíamos juntos, la familia estaba unida y aquello nos reconfortaba. Quizás ya no con la misma felicidad, con la misma emoción, pero estábamos. No soportaba la idea de que quizás estemos encerrados en casa por mucho más tiempo, pero como dice mi madre: “o no sales o te mueres”, y sigo creyendo en sus palabras.

Seis meses ya habían pasado y mi madre entró en depresión después de que se enteró que su hermana había fallecido,

a causa de aquel monstruo invisible. Ya no comía, no nos prestaba atención, ya no existíamos para ella. En su mente solo estaba ella y su dolor, jamás volvimos escuchar su tan repetida frase.

Ya ha pasado un año y mi madre se suicidó; mi padre apenas podía con él mismo y toda la familia se había infectado por aquel monstruo invisible.

Toc toc, era la muerte que nos esperaba detrás de la puerta.

Las promesas que nunca se cumplen

Por Daniel Cantos Colmont

Cuando comenzó a llover, los niños salieron a jugar en los torrentes que se formaban, las madres corrían a recoger los trapos que estaban tendidos, los mercaderes corrían con la mercancía a la que ponían a buen reparo, en los portales de las decenas de templos erigidos en la ciudad; poco a poco, el jolgorio y caos de las calles de Nippur se fue apagando; los esclavos fueron conducidos a los muladares, destinados para ellos, y sus dueños se encargaron de asegurar las argollas metálicas de sus cuellos y mientras regresaban a sus casas, el ruido de las gotas que caían se iba apoderando de todos los ecos que aún quedaban.

Al tercer día de lluvia, el Éufrates se desbordó y las cuencas bajas comenzaron a llenarse; luego, el agua alcanzó los muladares e iba ahogando a los esclavos encadenados, quienes, presas de la desesperación, se rompían los cuellos o se aplastaban entre ellos, buscando liberarse, en medio de un griterío incesante, invocando a sus dioses, que se mezclaba con aquellos de las casas, que ahora superaban al estruendo de la lluvia. ¡Enki! ¡Enlil! ¡Ninhursag! ¡Yo te prometo...!

Navegando en una barca, Ziusudra y su familia se salvaron. Todos sin excepción se ahogaron: niños, mujeres embarazadas, ancianos, vírgenes, pecadores, blasfemos... Ahora solo quedaba un hombre justo, él se encargaría de dar origen a una humanidad mejor, obediente y temerosa de los dioses: Utu había aceptado su promesa.

Luego de dos mil años se tuvo que recurrir nuevamente al aniquilamiento. El hombre se había olvidado de las promesas hechas; esta vez, solo Noé y su familia fueron escuchados. Nadie se salvó del horror de terminar como cuerpo inflado y descompuesto para ser devorado por los buitres.

Esas promesas se han escuchado una y otra vez, durante milenios, durante la peste negra, debajo del napalm, cuando caía la bomba en Krakatoa, en Ruanda, durante la Española, todos prometían que seríamos mejores; le prometían al miedo y a la angustia que provocaba la inminencia de la muerte; todas se olvidaron.

Estos días, el eco milenario de voces perdidas se ha sentido de nuevo, un virus las ha revivido; las promesas y los repartos de la culpa, la postración a una deidad con tantos nombres y con tantos estados de ánimo, pero por más que se promete, el castigo no cesa, tal vez, porque ya los dioses nos conocen, saben que una vez pasado el miedo, volveremos a ser los mismos y ya no podemos engañarlos, solo nos queda prometer a la ciencia y a nosotros mismos que, por primera vez en nuestra historia, asumiremos nuestras responsabilidades.

¿Cuál es tu verdadera riqueza?

Por Daniela Cabrera Loza

Antes de la emergencia sanitaria caminaba, aproximadamente de diez a trece cuadras, hasta la parada del bus, donde tomaba el bus que me llevaba a mi trabajo; recorría el sendero habitual y observaba algunos perros callejeros que querían acompañarme, pero prefería ir sola.

Todo era normal y rutinario hasta que atravesaba un terreno baldío, que estaba en la calle principal. Este era grande, muy grande, creería que tendría unos siete mil metros cuadrados, le rodean unas casas pequeñas y grandes, además colinda con un conjunto de apartamentos de cinco pisos. Sin embargo, pese a que pasaba frecuentemente por el lugar, no me había percatado que, en el lado del conjunto, había un cuarto construido con cartón, tela, plástico y zinc, desprovisto de servicios básicos. Allí vivía Elena, de 43 años, rodeada de basura, excremento, botellas plásticas y con cinco perros hambrientos.

Al no haber gente en las calles, por la cuarentena, pude advertir su presencia; respetando el aislamiento, la saludé y le pregunté por qué vivía ahí.

—¡Este es mi terreno! —afirmó—. Vivo aquí, hace muchos años, junto a mis perros.

Me sorprendí y le pregunté: —¿No tiene miedo al peligro que enfrenta al estar sola, en este lugar? ¿No teme a que alguien

pueda hacerle daño?

—¿Quién puede hacerme daño? —acotó— Estoy bien, he vivido hace muchos años en este lugar chiquito, aunque no creo que mida más de unos 500 metros.

—¿Por qué no vende este terreno sin servicios básicos, para vivir en otro mejor sitio?

—¿Por qué lo voy a vender? He vivido muchos años aquí.

Para algunos, vivir en esas condiciones sería algo absurdo, así como vivir en una casa con todas las comodidades, pero sin amor; tener un matrimonio, que es una farsa y que se sostiene por los hijos o por no estar solos; o vivir en un hogar, que es un infierno, donde diariamente sufres abusos o violencia; o trabajar encerrados en una oficina, cuando lo que quieres es pintar, cantar o dedicarte a la música; o vivir una vida que no nos corresponde, solo por complacer a los demás; o por pensar en el qué dirán, no te atreves a hacer lo que siempre quisiste, por miedo. La riqueza no es material.

Para Elena, su terreno no es su riqueza, sino el tiempo vivido, los recuerdos, los amigos, sus vecinos y todos los años que han transcurrido en ese cuarto, su hogar.

¿Cuántos de nosotros vivimos sobre nuestras riquezas sin darnos cuenta? Anímate y descubre cuál es tú verdadera riqueza.

Cuarentena en silla de ruedas

Por Geovanny Fernando Tarapués Potosí

Soy Drew, un extranjero. Vine a este país, dos semanas antes de que iniciara la pandemia. Perdí la movilidad, en un accidente, al salir del aeropuerto y pasé dos días en coma. No pienso explicar cómo ocurrió. Me siento más motivado a hablar de cómo es la vida de un enfermo, de un inútil.

Mis piernas no sirven, guindan a medias. Un animal podría comérselas sin que lo percibiera; es más, si hay alguno que las desee, que lo haga. Mi humanidad estropeada, aparenta un cambur pasado. No puedo ponerme en peor forma. Y la situación no permite marcharme.

He permanecido, desde ese momento, en un hospital. Sentarme en la silla y en mis extremidades inexistentes, con la ayuda de un enfermero, me ayuda a odiarlo. ¡Imbécil! ¡Maldito!, le digo, pero lo hago en silencio, porque en este lugar está prohibido gritar. Apenas se comunica conmigo, porque no articulo bien el español. ¡Quiero irme!, aunque sé que mi dolor no se amortiguará con ello, ¿iqué más puedo desear!?

Ayer recordé a una de mis novias. Estábamos en la cama, leía por primera vez su entrepierna y creí, entre espantos, que los cachitos de carne de su parte le crecían desde el ombligo. Era linda, pero esa percepción me causó repugnancia; estuve con ella únicamente por salvar mi honor. Después, la abandoné para siempre. No es complicado para mí hablar de sexo. No

me es difícil cuando he visto tanta pornografía. No tengo vergüenza de decirlo.

El enfermero sabe que todo me da ira, pero está pendiente; ¡qué estúpido!, no lo necesito. Se ve sano, se le nota y odio a quienes están bien. ¡Ah! ¡Quienes tengan éxito, que se aparten de mí! Éxito para mí es caminar.

Mira, te cuento, hace mucho estuve en una guerrilla. Llevamos a 18 mujeres. Una era de mi exclusividad; era una Venus. El rango me había vuelto desconfiado, así que, en lugar de acostarnos, leforcé el cañón por su parte baja y casi le disparé. Luego la conduje al calabozo con dificultad en su caminar. Le ordené que callará, así conservaría mi reputación y ella su vida. No sobrevivió. Desde ese punto, lo profiero, quizá merezca lo que ahora me he ganado. Sin embargo, 37 años no es tiempo para que el destino ejecute una venganza. Si lo pienso bien, estaría mejor en la selva, comiendo carne robada.

Me escucha, pero ni siquiera me entiende. Si ese policía no hubiera impactado el taxi, yo no estaría en estas condiciones y el chofer no habría muerto.

El hogar en tiempos de la peste

Por Iván Andrés Muñoz Bailón

La madre descansa en un sofá; el suero, que promete mejorar su salud, cuelga de un armador. El padre, pese al ruido ocasional del vivir en familia, intenta trabajar frente a su computadora, que lenta pierde, de vez en cuando la conexión a Internet.

Tres hermanos viven en el hogar. El mayor, igual que el padre, tiene trabajo, pero no lo puede ejercer a toda capacidad, ya que también enfermó; después de tomar las medicinas, que le permiten dormir por las noches, descansa en su cama. Los otros dos hermanos, mellizos y apenas jóvenes adultos, se encargan de las tareas del hogar. Uno estudia asiduamente, aun con la dificultad de la educación a distancia, da lo mejor de sí para progresar académicamente y cuando puede, atiende a su hermano mayor y a su madre. El otro, casi diariamente cocina y limpia la casa, mientras espera que las universidades públicas anuncien su regreso a clases; él desea seguir estudiando.

Por las noches, se escucha cómo los enfermos del hogar tosen y despiertan a los sanos de la casa. Cuánto quisieran poder brindarse una mejor atención, pero recuerdan los titulares de la noche anterior: hospitales saturados en Guayaquil, se reportan decenas de muertos en clínicas, el Gobierno nacional anuncia una Fuerza de Tarea Conjunta para la recolección de cadáveres en la ciudad. Solo les quedaba aferrarse a la vida, a la oración y a la esperanza.

Entrar a las redes sociales se convierte en una tarea triste. Todos tienen un familiar, un amigo o un conocido que pasó a mejor vida; uno se pregunta cuánta falta nos harán cuando todo regrese a la normalidad.

El padre sale de casa cada tres días, para abastecer de comida a su familia. Es partícipe de las grandes filas sin distanciamiento y es testigo de la creciente informalidad en las calles. Hay días que pareciera que hay más vendedores que compradores. La calle es bulliciosa y al ver a desconocidos, duda si alguien sonrío detrás de su mascarilla. El tiempo pasa y lo peor ha pasado. La tristeza ya no se respira. El optimismo podría cambiar las caras ocultas.

El hermano mayor se curó. La mamá, que ferozmente ha luchado contra la enfermedad, da señales de recuperación, ya tiene mejores pronósticos.

Los hermanos siguen cumpliendo sus tareas diarias y el papá sigue trabajando desde casa, es una bendición tener trabajo en estos tiempos. La economía está a la baja y ya nadie tiene plata.

Se escucha la oración: “Que hoy, mañana y siempre no nos falte salud y vida. Amén”.

Testimonio

Por Zoila Rosalía Velásquez Alchundia

Mis noches y amaneceres de insomnio se convirtieron en rutina.

Imágenes por demás conmovedoras, se repetían en mi inconsciente.

No, no eran las ratas de “la peste” las que caían muertas sobre el pavimento, eran seres humanos, víctimas de la nueva “peste” de 2020, que azotaba al mundo y en especial a Guayaquil. Era el COVID-19, que desplegaba sus mortíferas garras.

Crecía el terror del pueblo ante la magnitud escalofriante de los cientos cadáveres que yacían en los hospitales; sus familiares estaban sumidos en la impotencia, en el dolor y en la desesperación.

Una indolente guerra con enemigos invisibles.

Observé muchos amaneceres desde la ventana de mi habitación, mientras cumplía mi confinamiento voluntario; mi espíritu sensible se fortalecía con la grandeza de la creación.

El sol, armoniosamente regalaba sus primeros destellos, como un cirio eterno, imperturbable.

Mi oración se fundía con el trino de los pájaros.

El follaje de los árboles se mecía suavemente, como ofreciendo

un adiós, desde las entrañas de la tierra, a los seres que se iban...
Desde mi impotencia física quise rendir un tributo de consuelo
y de esperanza, con un poema, a la soledad y a la tristeza:

Hagamos de cuenta que todo está bien
Que la brisa fresca mece los palmares
Que el trigo revienta con el sol fecundo
Que las aves cantan en las verdes ramas
Que el azul del cielo nos llena de gozo
Como el Padre Nuestro que rezo al andar.
En las cruces grises brotan lirios blancos
Y en todas las lágrimas dulce redención.

¿Cuánto tiempo tengo de vida?

Por Gabriela Isabel Ayala Torres

No se conoce la fecha exacta en la que José Romero murió por asfixia; el destino de su cuerpo es incierto, posiblemente su cadáver se encuentre en alguna acera de la ciudad o esté junto con las decenas de muertos que están en la morgue, ni siquiera se reconoce el cuerpo del inciso y mucho menos se asegura que los familiares conozcan de su muerte.

Es una mañana nublada y los primeros días de abril se vuelven diferentes, tristes y lúgubres. No se sabe cuándo termine, lo único cierto es que la gente está muriendo por falta de aire.

El tubo en la garganta, para que la máquina lleve el oxígeno directamente a los pulmones, ya no sirve. Los hospitales están colapsando. Los médicos tienen ampollas en las manos, por el látex de los guantes; no tienen mascarillas funcionales en su cara, se les nota el miedo, están cansados y su frustración aumenta como la enfermedad; también tienen familia, pero su labor es más importante que la del presidente de la República.

Él está entre nosotros, no se lo ve, pero está ahí, inmerso en el aire, en el piso, a la vuelta de la esquina; solo espera que alguien cometa el más mínimo error y accidentalmente toque su rostro, para así ocasionarle una muerte lenta y dolorosa. No importa quien sea, puede tener millones en su cuenta; la vida no se compra en el supermercado, pero el aire es gratis y su vida termina porque no puede respirar. Los gritos, el llanto y la impotencia de una madre, al perder a su hijo, a su esposo y a sus padres, no le conmueven.

Acaba de hacer una alianza con la ignorancia y está entablando una amistad con la corrupción; los niños se mueren de hambre y los jóvenes ya no pueden seguir estudiando; el silencio de las calles esconde los gritos de una mujer violada sexualmente en su propia casa.

No sé en qué día de la cuarentena estamos. Aún no se conoce la cura. El origen del mal es incierto. No se sabe si es un rey, pero tiene corona.

Acabo de recibir una llamada del Ministerio de Salud Pública, soy positivo para Coronavirus. ¿Cuánto tiempo tengo de vida?.

Un cumpleaños singular

Por Andrés Vinueza Sánchez

—Apaga la alarma —le decía Silvana a su esposo, intentado dormir un poco más.

Eran las 06:00, de un viernes, habían pasado pocos años desde que el Covid-19 apareció y cambió al mundo.

—Unos minutos más —murmuró Andrés, quien se había desvelado, intentando escribir otro capítulo de su libro.

—No, mi amor; hoy debes desocuparte temprano, es el cumpleaños de tu primo Antonio —le recordó su esposa, mientras se levantaba.

—Sí, sí, ya me levanto —contestó Andrés.

Mientras desayunaban, escuchaban las noticias. Las cifras no cambiaban y no había vacuna efectiva aún.

—Listo, voy a trabajar —dijo Andrés, mientras terminaba su jugo.

—Bueno —contestó Silvana, aún sentada mirando la televisión.

Mientras trabajaba sonó su celular, era su primo Marco.

—¿Qué fue ve, vas a estar en el cumple de Antonio? —preguntó.

—Sí, claro, hasta Quique va a estar —respondió Andrés.

—Ya chévere —dijo Marco—, quiero consultar a tu hermano sobre una actualización... —Y antes de que pudiera terminar, Andrés lo interrumpió.

—Disculpa primo, pero tengo una reunión, conversamos en la noche.

Ya en su reunión, su mente divagaba, sentía alegría y a la vez nostalgia; sabía que esa noche no iba a ser como otros años. Después del aislamiento y posterior distanciamiento, tenía esperanzas de que la vida, como la conocía, podía retomar poco a poco su curso y que después de un tiempo todo sería como antes, pero llegó la segunda ola de la pandemia, toda esperanza desapareció.

Llegó la noche. Mientras terminaban de alistarse, Andrés le contó a Silvana que estaba emocionado, hace mucho tiempo todos sus primos no lograban reunirse.

—¿Tu primo George logrará estar a tiempo? —preguntó Silvana, mientras terminaba de maquillarse; Andrés no entendía por qué lo preguntaba.

—Sí, eso me confirmó. Por favor, apúrate, que ya casi es hora —replicó Andrés.

Hacía años que no estaban todos; recordaban con alegría viejos tiempos, cuando se reunían y jugaban cartas hasta el amanecer; Antonio y Marco molestaban a todos; como siempre, Efraín tocaba la guitarra; Quique y Pancho cantaban desafinados; George y Canito hablaban sin cesar, mientras JC pedía que ya no sigan. Todos estaban felices, pero en el fondo sabían que era diferente, sabían que no podían darse un abrazo ni brindar como lo hacían antes.

De repente, algunos comenzaron a escuchar un sonido y supieron que era hora de despedirse. Poco a poco, cada uno se fue “desvaneciendo”; el último en quedarse fue Andrés, que con un nudo en la garganta, miró cómo la habitación se volvía negra. Lentamente, él y Silvana se quitaron los trajes y gafas de realidad virtual, los pusieron a cargar y se fueron a dormir.

No se aceptan visitas

Por Genoveva Verónica Ponce Naranjo

El susto por la muerte se apodera de las horas de silencio, pues mientras todo se esconde en la mirada de Vicente, aparecen los años de otras pestes, de la miserable guerra, de la casa de los gritos, del santuario de la virgen y de la salida del pueblo, que tenía como singularidad, los blancos muros del cementerio. Una pared lúgubre, como aquella que vislumbra desde su ventana. Ese mismo frío, como aquel que recorría su cuerpo cuando transitaba por la vereda que olía a muerte. Ese mismo tambor para llamar espíritus y que vibraba al ritmo de las despedidas.

Ahora, a sus ochenta y cuatro años, con las guerras ganadas, sospecha que lo persiguen, incluso en este obligado arresto domiciliario. Entonces, odia que lleguen las catorce horas, como el apurado aborrece la espera, porque, cuando el ruido merma, se le ocurren ideas terribles en mitad de las calladas vidas, que vuelven a cerrar las puertas, a sacarse del cuerpo las huellas de los pasos andados... Pero él no ha salido y está por volverse loco, pues ya midió todos sus pasos sobre el mármol o las tablas.

Hoy, luego de tantos años, sus oídos sin audífonos perciben los insistentes golpes de una visita que lucha por entrar, pero disimula, porque si llega, fingirá no escucharla, incluso simulará no verla. Por eso, guardado en su habitación esperará que la dama pase de largo, por aquel pasillo, que no encuentre nada, solo los rincones desiertos, solo el espejo al final, pues si la intrusa se ve a sí misma —horrible, triste y desalineada—, se llevará un susto. Una vez más, le tomará el pelo...

—¡Total! Ella piensa que ni la ve ni la escucha.

Más que un virus

Por Kevin Adrián Ramírez Sarango

*Lo que supe
muchos años después...*

Cuando habían comenzado a superar la crisis social y política, de octubre de 2019, Tierra Bárbara despertó un sábado de febrero del siguiente año, con la honda noticia de una nueva pandemia; lo que en el mundo caminaba sin conducta alguna, fijó la mirada en Tierra Bárbara y, más que eso, empezó a caminar como un turista que no conoce a nadie, pero que con todos habla.

Tierra Bárbara era un país, con una exquisita historia política y social. En los medios de comunicación no se hablaba de otra cosa que no fuera de la pandemia, se leía cuestiones como: ¿Está listo nuestro país para enfrentar la pandemia? ¿Cómo realmente desembarcó en nuestro país? ¿Qué medidas se tomarán? El ambiente barbareño, que tenía secuelas sociales de un octubre doliente, empeoró cuando se supo que la nueva pandemia se trataba de la llegada de un virus que nadie conocía.

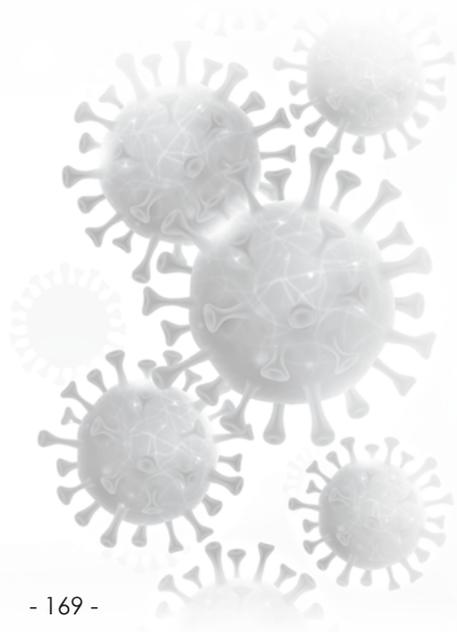
La crisis económica se agravó cuando el índice de infectados y muertos por el virus aumentó descontroladamente. Las instituciones educativas suspendieron las clases; las públicas con prestaciones de servicios suspendieron el trabajo y se planteó el recurso teletrabajo. Mientras una cadena de

anticipadas decisiones políticas sentenció la crisis de Tierra Bárbara, el sistema de salud vivió lo que nunca antes había advertido. Las calles eran cementerios, los hospitales su entrada. Sin embargo, se desencadenó algo mucho más pernicioso y más difícil de controlar, puesto que las relaciones sociales se vieron amordazadas.

La epidemia había extraído de las personas, lo más noble y también la más absorta maledicencia; lo inmoral era un manifiesto social, la crisis ya no solo era política y económica, sino también social. Quienes conservaban autoridad moral y rescatados rasgos de humanidad sabían que había algo más grave. El virus, que había llegado para quedarse, había despertado otras epidemias que permanecían latentes en el país, desde tiempos inmemorables: la rebeldía maledicente, la mediocridad absoluta y la corrupción de siempre.

El entusiasmo era de pocos; la esperanza una utopía. Acostumbrados a la rutina sintieron acibarada la decisión de cuarentena. Lo que la política ignoraba, el pueblo lo vivió. Todos debían quedarse en casa, pero no todos tenían una. Todos debían cuidar de su propia salud, pero unos, hace tiempo que ya no tenían. Sin embargo, nunca hubo mejor oportunidad para comprender el verdadero desarrollo humano y los grandes valores de la humanidad. La palpable realidad superó cualquier política y parecían no tener una segunda oportunidad sobre la tierra.

POESÍAS



Nova Corona

Por Luis Carlos Mussó Mujica

Las plagas hincan su estandarte en la colina de mis huesos
rajando lenguas que orillan un redoble escarlata. Y es ajénia
el hedor que nos subleva: lerdas polillas devoran el vagón de
[tu cuerpo
—la muerte es lugar de paisajes soberbios, contraescritura—.

Y el asesino que cuaja entre mis costillas revienta en mariposas
[negras
y la noche invade los pulmones con parsimonia. Torna el
[muerto
en estado larvario que me cuestiona, náuseas adentro. Torna
[el horizonte hendido
anulando nombres. Torna el sur del futuro amurallándonos
con cinta que dice *no pasar*. Antes de la carne,
las olas refutan la falacia del mundo perfecto con sus máscaras.

Y bajo una bandada de helicópteros y gallinazos,
tendales improvisan el catafalco de tu padre
cuando lo devuelves a una cicatriz del suelo. Y ondas
[expansivas guarecen
mi caja musical: las bestias cavan para sepultar
estas palabras. Si llevo tatuada tu voz,
la escucho en zanjas que hebillan un mundo de fantasmas.

¿Son los brotes, arisca lengua, arietes que cabalgan hacia la
[nada
como astros desahuciados? Nada de eso te preocupa sino
[hallar el cuerpo de tu hermano.

Te suprimes, aire de babel, en barrios de ebria señalética.

[Danzas en nuestros sueños,
duende de las plagas: cómo adensarse en el abrazo postergado,
en la voz que recuerda que ningún nombre es inútil
si en el pantano anegado de cuerpos está el amor:
para conjurar al demonio, a sus aguas amnióticas,
avivas hogueras de palosanto en las azoteas. Y qué hay del
[vértigo
como ritual del terror: ¿explora lápidas que nos deletrean
[noche abajo,
hacia la infancia? Mi voz, dentro de ti, se agita, pautada,
pero nuestras voces se oponen como bestias heráldicas,
como ataúdes aparcados en los soportales.

Mi voz, dentro de ti, quisiera ondear, infinita, tornar las
[serpientes
de tu cabello en lenguas histéricas, pero pienso el amputado
[nombre de mi país:
oscila el mío con amuletos esquizos en letrinas cavadas
[durante el invierno,
y las estrellas nos infestan en lenguas forasteras, relinchando
[sobre tu bello pómulo.

Porque en la peste está la dictadura de la pleamar,
la negrura en la que atracan navegantes ciegos,
porque en el pantano anegado de cuerpos está el amor:
vas tras él como escarabajos tras su bola de estiércol durante
[la ansiedad.

Pueda que la muerte no tenga un porqué, que los perros
[dentelleen nuestra sombra,
que dios sea la juntura entre mar y firmamento, contra escritura.

Y el océano de lengua porosa lacera ideogramas en tu rostro
—icebergs colisionan contra esta voz oblonga
hincando su estandarte en la colina de mis huesos—.

Esta mano se extiende como lagarto a la vera del poema.
Jauría de ceniza suspensa. Mar.

La guerra silenciosa de mi ciudad

Por Astrid Nahomi Orellana Miranda

Llueve, llueve y solo llueve.

Hoy el cielo llora amargo y templadito,
porque hasta al él le duele la vida,
pero, me preguntan ahora, ¿qué vida?
si esto no es *vida*,
el panorama se asemeja al concepto del infierno y eso que
[nunca hemos estado allí.

Martillan las gotas que caen violentas sobre el suelo,
la masacre no ha sido a sangre viva
ni los misiles más grandes en esta guerra ocuparon puesto,
pero estoy seguro que de todo esto,
lo peor,
fue el silencio.

...

Las plantas del jardín se han marchitado,
hace dos meses que no salgo.

De veinte, once casas vacías,
familias enteras muriendo día a día,
gritando por ayuda a voces vivas,
siendo callados sin decir silencio,
sin decir nada,
la muerte entro,
y su vida se silenció.

La abuela ha cruzado hoy el umbral de la sala,
un mes y medio sin salir del cuarto.

El tío menor se nos ha ido,
esta vez no a los viajes de los que el siempre vuelve,
se ha ido sin retorno,
y sin previo aviso.

¿Cómo le explicamos que —el tío— ya no está?
ella ha preguntado por él,
y todos nosotros hemos decidido guardar silencio.

La esperanza cae del cielo ya rota,
un mes desde que la luz no sale entre estas cuatro paredes,
la abuela también se ha ido,
aferrada a ver en el más allá a su hijo,
¿Seguro existe un más allá?
porque justo ahora los caminos parecen desiertos vacíos,
ni de aquí,
ni de allá.

La prensa especula que todo está perfecto,
medio mes lleva diciendo aquello,
la gente que vive del día a día,
muere en silencio,
sin piedad,
y sin que alguien los llore al final del día,
¿Y a quién?
¿A quién le creo?

...

El cielo llora cantaros,
Llueve, llueve y solo llueve,
al cielo hoy le han clavado mil estacas en el alma,
y también a las personas,
y a la madre que hoy llora por su hijo,
y a la mujer que perdió a su esposo, a su padre y a su madre,
y a mí.

Cuarentena

*La forma se rompe
al chocar con la vida.
(Lúkacs)*

Por James Martínez

1

Sobremorimos a merced de las fundaciones de beneficencia
En la ciudad virtual, obediencia. Teletrabajo telemercado
[telemuerte

Contando los escasos bienes

Semáforo para el colectivo criminalizado: hambre convoca a
[salir con medio miedo

Medio cuerpo trozado en un rincón y entre los mercaderes.

Salen autos blindados Boletines de los medios vinculados al
[gran K (medias verdades).

¡Dónde mi oficio ya olvidado mi petardeo soberbio!

2

Educación cívica: cadáveres en una misma fosa.

Órdenes contradictorias. Tareas virtuales, compras en fila
con distancia, medicinas por Skype: toses maniáticas, panes
duros, abrazos con sudores. Pregonando mi producto a
caras de palo que pasan en vehículos cubiertos, dejando el
polvo. Nadie llama nadie compra caramelos impalpables.
Solo queda el vacío del cielo

3

Tengo el bolsillo en llamas Llegué ayer y ya me piden inscribir
mis pánicos en monitores que arden. Vienen a tocar la

puerta infectados con un respirador en la garganta, médicos enmascarados, policías persiguiendo un dron ladrón de pan —pandemia aguda—:

“-576 muertos, según voz oficial. -10 000 muertos, contradice
[el New York Times”

Agonizan en los baños de los hospitales. Solo quedan
[enfermeros atrapados en el vértigo

4

En un cyber compases de rap el monitor vacío. Aquí en este
[bastión bárbaro hierve la danza de los días

Gritos obscenos desde las ventanas alejan las esquinas

Amenazas a rostro descubierto besos lenguas dientes. “¡Ya me encarnizo!” grita el niño de afilada cuchara bajo la piel, y se va
[odiando.

(La ministra del Interior delega: “todo será por Internet la
[vida cambia con la peste”)

5

Aquí abajo hablamos un alfabeto donde el cuerpo apremia

Todo es fricción y el teléfono personal como consuelo. Somos
[musgo de coágulos proliferando

Incertidumbre. Cadáveres sin dueño en una tarde de amarillos
[resplandores

Usura pública en nuestras pequeñas cosas: roban sin elegancia
[lo que atesoramos.

Funcionarios como ataúd vacío conspiran y nosotros
[asintomáticos infectados de la pura espera

Ardemos bajo el peligro de la ley

6

Cadáver esquizo no exquisito maltratado exhausto brilla.
[Animal dolorido con rigor mortis indignado:

(“No devuelven el cadáver de la madre hasta que pague la
[factura de 67 mil. El hijo escribe la ira en la pared”)

Amor irreverente para el poder del mal. Dinero impalpable
[dios sin lengua

Cadáver exquisito son los cuerpos Resplandor de explosión

Manzanas de carne Gozo de las víctimas de Sade ausente
Oh pandemia escuela de vida. Deshuesaderos de la ciudad su
gente linda: migrantes de pecho abierto Escuela de instinto y
[saludos compasivos
Dedos que aprietan con énfasis la nuez de Adán de un
[propietario armado
Después la lengua de los pájaros la lección impalpable de su
[dieta.

Siete gritos por Guayas

Por Camilo Chacón Herrera

Tiempos de peste negra se vivieron hace años,
Con tal fiereza otra peste azota nuestro poblado,
Propongo entonces, poetas, que cual el Decamerón,
Reconocidos literarios, de nuestra hermosa región,
Abandonemos de momento esta portuaria ciudad,
En mi villa nos aislemos, previniendo la infección,
Para, una vez confinados, buscar consuelo en las letras,
Devolviendo la fe al pueblo, presagiando sanación.

Seis bardos nativos se sumaron al llamado,
Y sin mayor pretensión, en la villa se alojaron,
Claros de nuestro objetivo y sin ningún dilatar,
Tomando papel y lápiz, comenzamos a rimar:

I

Entiendo que la intención es subirnos la moral,
Pero mi mente se encuentra todavía perturbada,
He perdido a mi mujer, ha fallecido mi guambra,
A los brazos del creador le confío mis amadas,
Envío por consiguiente a mis coterráneos vecinos,
A todo aquel que tal vez algún familiar ha perdido,
Un abrazo caluroso, un espaldarazo amigo.

II

Evocando la leyenda de nuestro cacique Guayas y de su amada Quil,

Es tiempo de estar centrados, no es tiempo de maldecir,
Recordemos que la sangre de nuestros valerosos ancestros,
Entintó el río de sangre, nos preparó para esto,
No desistamos, valientes, no agachemos nuestras frentes,
Permanezcamos unidos de corazón y de mente.

III

Camus nos lo advirtió, pero lo leímos muy tarde,
Algunos lo habían hojeado, sin prevenir el desastre,
Quizá fue porque las ratas, no presagiaron el comienzo,
Desestimamos entonces aquellos comportamientos,
Pero no podemos continuar lamentándonos por siempre,
Por lo que se hizo mal, porque estuvimos inertes,
Es hora de meditar, de mantenernos conscientes,
Que el virus no se propague y perpetuar nuestra especie.

IV

No puedo dejar de lado, a los que trajinan curando,
A los que, por la vida de otros la propia están arriesgando,
Han hecho lo que han podido, para consolar el llanto,
De todos nuestros hermanos que sufren el cruel contagio,
Un saludo a la enfermera, al doctor y al boticario,
Que se mantienen de pie, fortalecidos luchando.

V

Me disculpan que interrumpa, pero es preciso nombrar,
A nuestros fieles hermanos que se empeñan en sembrar,
Sabén que aunque haya peste, debemos todos comer,
O moriremos temprano de hambre y de sed también.

VI

Otro colectivo honrado que debemos elogiar,

Es el de los artistas, que salieron a cantar,
Nos divierten con teatro, narraciones y demás,
Danza, poesía y cuentos no se pueden olvidar,
Sé que los cineastas, en algún lugar están,
Recolectando momentos para poder recordar.

VII

Releyendo “Balance mortal”, de Ileana Espinel,
Y recordando “Insomnio”, de Rafael Díaz Icaza,
Queridos guayasenses, solo les quiero desear,
Que las urnas de cartón no se vuelvan nunca a usar,
Para una cosa distinta a la votación popular.

Mirarte en versos

Por Fausto Ernesto Padilla Morales

Y si no puedo sentirlos,
abrazarlos,
pasearlos,
¿qué menos que poder verlos en verso?
Y llenar cada balcón con una rima
y cada nube con un beso.

Hay que permitirnos
volver a llenar el cielo con nuestra mirada
mientras danzamos al ritmo
de una poesía no confinada,
porque el alma es eterna
y no se puede encerrar.

Porque las calles no están vacías
y puede que no haya cuerpos,
pero sigue habiendo
encuentros,
recuerdos,
experiencias,
caminos...

Y aún quedan las huellas de nuestras emociones,
¡así que volemos juntos con nuestra mente!
¡Porque yo no vivo un Ecuador de balcones!

Dicen que solo hay patios y calles vacías,
no hay condiciones por la cuarentena,
esto es así cada día.

El Ecuador vaciado llaman.
Vacía de recursos,
de gente,
pero no de sueños.

Porque en cada semilla que crece hay un mundo nuevo.
En esta tierra que nos envuelve y nos cuida,
esta madre natura nos observa
y nunca nos da por perdidas.

Dramático me llaman,
pues mejor dramático,
que estático,
rígido
y asintomático.

Llorón me dicen,
como si fuera un insulto,
como si ya no me hubiera rendido
a querer cada una de mis partes,
y darlo todo por los demás.

¡Ya fue, ya dolió, ya lo enterramos!
Ahora solo recordemos con cariño,
porque el peor lastre que tenemos es el olvido,
porque si vivo y vivo
y no recuerdo como he venido,
todo no tiene sentido...

Sentido

Por Gina E. López Mena

Últimamente, en el silencio de la noche, imagino el universo de abrazos, aquellos que extrañaba desde la infancia.

(tengo que pagar las deudas, hermana, y si fuera mejor
tengo que ser mejor ser por la otra acera, y ahora
humano, tengo que dejar mañana esta mierda de
el resentimiento hacia mi cuarentena sigue)

Pasé la vida intentando ser amada por todas las formas: siendo callada, siendo útil, siendo buena, y pensando que de alguna manera algún día alguien me iba a querer.

(iy este gobierno de mierda iestos políticos son unos
que no hace nada!, debería ladrones!, ioh hoy es el
lavar la ropa y cocinar; hay cumpleaños de mi hermano!
no hice la declaración de ¡Dios!)
impuesto, era hasta marzo;

Quería tanto esas caricias, que me fueron privadas desde pequeña, a veces imaginaba lo importante que me sentiría si alguien me diera un beso en la mano, —uhm me sentiría respetada—.

(ah, icomo la odio! ¡India, creerse igual que uno, si
qué se cree!, viene aquí a ella solo es la empleada de

mamá, ¡mierda y encima no encima debo hacer alcanzar
sabe cocinar! ¡Me duelen la plata para este mes, ino! ¡Y
las piernas, odio la vida! Y cómo le pago a Silvia!)

Y los besos, esos besos que no concibo, que no quiero, —mamá dice que son pecado—, pero en la televisión se ven bien: saliva, calor, deslices.

(¡y ahora los indígenas el curso de meditación, ¿de
van a salir a las calles!, dónde me saco la plata para
el famoso subsidio de los la maestría? ¡Qué bestia!
combustibles ¡El país es una ¡Y ahora desempleada!,
mierda!, debo de terminar imaldición!)

Hace tanto tiempo había leído, en Freud, que existen algunos niveles de amor: el amor fraterno, el amor materno, el amor erótico, el amor a Dios y el amor a sí mismo. ¿Y qué hago ahora con todos estos amores, todos estos afectos, todas estas necesidades, que no me permití recibir? ¿Qué hago ahora con todos estos pensamientos en mi cabeza, toda esta necesidad de amar? ¿Qué hago?, si el Covid-19, una pandemia, me hizo entender que el amor valía la pena ser vivido.

Sobreviviré

Por Marcelo Emilio Nájera

Sobreviviré
y le contaré a mis recuerdos
que conocí la soledad.
La soledad interior
que es la que duele más
e ilumina.
La que te hace ver
en la oscuridad constante
la traslúcida verdad
de la mentira.
Del limitado perder
de la voluntad.
De la perdida humanidad
de la codicia.
Interiorizado con lo real
Inmerso en la inmensidad,
Pero infumo a la hora
de hacer. Nada,
porquenada hay por hacer.
Sobreviviré!
Sobreviviré para contarme
a mi mismo

que el tiempo es una falsedad.
Que hoy es el mañana
del ayer y que el mundo
es un concierto de soledades
entonando un mismo silencio.
Para interpretar
los colores de un sol viejo
gastando sus últimos brochazos
en un puntar la tarde.
Para contar que a veces
las palabras solo sirven
para no entenderse.
Para reconocirme
entre todas las razas
hoy unidas
en una sola cicatriz...
el miedo!

Aislado

Por Sara Abigail Rojas Guanoluisa

Aislado, perplejo y sin símiles.
Muere alguien por la tele y lo miras
lo hojeas queriendo descubrir cómo ha sido
por qué se parece tanto a ti
en sus ojos te respiras, te trabas, te miras a mil por hora
sentado en tu casa aislado y perplejo
te acomodas en el sillón y nada pasa
ves el murmullo, las quejas, sientes pasar el tiempo incesante
arrancándote la compañía, el hablar fluido, las marcas en la
[piel de un roce seguro
de un saludo, una palabra, una voz
te quedas sin símiles
aguantando, siempre aguantando
porque un “que más toca” nos circunda el ambiente
y luego de todo, ya el tiempo no miente
has cambiado el jugo por agua turbia, salada y prepotente
estar en casa se ha vuelto el juego que no acaba
o que acaba contigo primero
los ojos te dan vueltas y entonces comprendes
cómo se siente el hombre aislado, encerrado y mal oliente,
cómo se siente estar al otro lado de la jaula en un zoológico,
cómo se siente besar de lejos
respirar pausado
vivir aislado
ver a la muerte de frente.

ENSAYOS

Manifiesto del disfrute de la muerte

Por Karen Márquez Armijos

La muerte no nos ha tomado por sorpresa, solo hemos visto su trabajo más intenso. No se ha escondido tras la casualidad o al final de una dolencia, ha salido a pasear entre la rutina y la fragilidad del ser. Ha reclutado malas costumbres, abrazos y descuidos, y los ha vuelto sus aliados. Ha develado, desde su puesto de “encargada del equilibrio mundial”, las noticias guardadas en el cajón de los miedos.

No ha tenido piedad, en realidad nunca la ha tenido; ahora, para ella es más divertida la tarea, porque la persiguen los medios que la replican y la vocean, y nosotros desde el primer palco aplaudimos. Lo hacemos tantas veces, que empezamos a disfrutarlo sin darnos cuenta. Es complicado pensar que podemos acoplarnos, porque no nos queda de otra. Sin embargo, la propuesta de la verdadera vida, bien concienzuda, es el disfrute de la muerte.

Entonces, la concepción positiva y de contento por aquella malvada ley, ente, espíritu, se suma a nuestra cotidianidad, y ya no nos duelen tanto los muertos. El temor de ver partir a alguien, desde casa, pasa a quinto plano; ya tenemos la valentía de saber, incluso de hacer una mortaja. Nos regocijamos al hablar de las cifras, a pesar de que en ellas estén nuestros familiares; nos gozamos en contar la supervivencia, como un toreo a “la propia verduga”. Nos contentamos en

conocer cómo luce un cuerpo en sus horas finales e incluso, nos satisfacemos en comentar lo rápido que superamos su pérdida. Sin embargo, para quien aún no ha logrado bañarse en el mar de la “aparente fortaleza”, propongo letanías de sarcasmo ante el desasosiego.

Yo no lloro ante lo natural, porque lo natural me ha construido y la muerte es natural; algo ineluctable de lo que día a día he aprendido, porque he muerto y he renacido, aunque siempre lo olvido.

Yo no tiemblo ante lo inevitable, porque conmigo ha convivido y ha respirado detrás de mi cuello, y muchas otras veces me ha advertido, porque me he caído y levantado, aunque siempre lo olvido.

Yo no me quiebro ante lo irremediable, porque siempre he encontrado un consuelo. Si ahora ella se ha llevado a los otros, ¡ha pasado lo mismo que antes, pero sin duelo! ¿Por qué deberían dolerme los rituales, si debo aprovechar al vivo y no al muerto?

Entonces, a tatuarnos estas frases en nuestra sensibilidad hasta que descubramos que el dolor empieza en el pensamiento, que comienza en el lenguaje, en la consciencia del impacto de cada palabra. Disfrutemos de la muerte, como el comienzo de la nueva vida, como un baño de cambio a nuestras perspectivas.

¡Como hijos legítimos de Guayanay!

Por Jonathan Tamayo Vaca

Benjamín Carrión, uno de los personajes más importantes de la historia cultural ecuatoriana, escribió, en su obra *El cuento de la patria* (1967), que los ecuatorianos somos hijos de Guayanay, quien a su vez era fruto del amor de una pareja que apareció en la cima de un monte, luego del diluvio universal.

Guayanay, que significa golondrina, voló por los cielos de nuestro país, poblando cada rincón que encontraba a su paso. En un inicio se encargó de poblar la Sierra y el litoral y aunque Carrión no alcanzó a escribirlo, de buena fuente se conoce que partió hacia la Amazonía y luego, una vez culminada su tarea, se retiró a descansar.

Pasaron los siglos y con suma preocupación, Guayanay vio cómo a sus hijos les afectaba una terrible pandemia. Una más en realidad, pero esta vez sin mirar una solución en el horizonte. Y digo una más, porque para él, la historia de sus hijos parecía sacada de una tragedia griega, con el aliciente de que lastimosamente no tenía nada de teatral. Lo que ves, es lo que hay, le habría dicho alguno.

Con profunda tristeza vio cómo en lugar de apelar a la unión, aplicaron el infaltable “sálvese quien pueda”; sin importar si debían pasarse por encima y, más terrible aún, sin importar el llanto de quienes, día a día, perdían a sus seres queridos.

¡Increíble! —se dijo a sí mismo—, les di la vida en un lugar lleno de riquezas, donde a nadie tendría que faltarle comida y vivienda, donde todos vivirían en comunidad. Y lo que veo es un país con profunda desigualdad, donde el individualismo y la falta de empatía son el pan de cada día.

Después de todo y sin alcanzar a ver la luz al final del túnel, Guayanay decidió que lo único que restaba era esperar el angustioso final de sus hijos, quienes se preparaban para una cuarentena eterna. Una cuarentena plagada de injusticia.

¿Por qué no se dan cuenta de que no existe la necesidad de encargar su futuro a un grupo de incompetentes? —se preguntó—. Está clarísimo que, si se lo propusieran, serían las grandes mayorías, quienes tomarían las decisiones que garanticen su bienestar.

Y entonces ocurrió. Un día despertó y vio admirado cómo sus hijos reconocían que era su última oportunidad de reescribir la historia, aquella que les había sido arrebatada durante tantos años. Y renacieron de entre las cenizas, se miraron a los ojos y se reconocieron. Despertaron de su letargo para siempre y nunca más dejaron que alguien se aprovechara de ellos; tomados de las manos, como los hermanos que eran, como hijos legítimos de Guayanay!.

**Notas para los abrazos que
dejamos suspendidos en el aire**

Por Tatiana Cecilia Landín Ramírez

Escribir para rastrear la memoria, para rastrear la ausencia desde el presente. Sé que a mi abuelo le gustaba que yo escribiera. Al parecer, mi nombre impreso en alguna publicación lo llenaba de una cierta alegría, tal vez tuviera algo que ver con la extensión de su legado. Y esto lo digo con imprecisión, porque no me gusta poner palabras que limiten. Cuando se trata de sentimientos, las posibilidades de evocación deben ser infinitas.

Mi abuelo fue el neurocirujano Roberto Ramírez Cucalón y falleció en tiempos de la pandemia. Sus dolencias de vejez se fueron agravando hace varios meses, no murió de COVID-19, pero su despedida nos hizo, a mi familia y a mí, enfrentar una nueva forma de relación con la muerte. A habitar las estancias de la reparación.

La pandemia que reduce el contacto social, que nos obliga a medir la distancia entre los cuerpos, a adaptar nuestra rutina a implementos higiénicos y que ahora son parte de nuestra vida cotidiana, ha hecho de nosotros una maquinaria de subjetividades irreparables. Ahora usamos una mascarilla de protección para que contenga nuestra ansiedad frente al contagio y que se convierta en el camuflaje de nuestra indefensión. Sin embargo, cuando la muerte nos toca muy de cerca, la fragilidad humana no tiene escapatoria. Nos quedamos expuestos y rendidos ante la impotencia.

Todo esto lo digo teniendo en cuenta como el último adiós a un ser querido se convierte en una prolongación de la pérdida: la anulación de los ritos, la supresión de los abrazos y la cancelación de los afectos cercanos. Solo basta remontarme a lo que fue el entierro de mi abuelo para remover la herida de la ausencia, pero me detengo a pensar en las víctimas del virus y en los familiares que aún no han sellado el pacto del presente, en una simulación de adioses. Y es como transitar los ciclos del desasosiego.

El tiempo COVID-19 también es la insignia de la potencia solidaria y colectiva, que encuentra salida en las voces cotidianas, voces que expresan el dolor, voces que denuncian la desigualdad inscrita en ciertos cuerpos y constatan la ineficiencia de un sistema social. La memoria de la precariedad y la atención a los testimonios históricos nos permite vernos en los otros, encontrarnos en el camino de la vulnerabilidad; en palabras de Paul Ricoeur: “El testimonio desprende de la huella vivida un vestigio de ese rastro, y ese vestigio es la declaración de que aquello existió”. Marcar la huella, convertirla en el rastro de vidas que importan, a pesar de los abrazos que quedaron suspendidos en el aire.

Emociones con sabor a peste

“Que la pandemia no libere el miedo, no carcoma el corazón, no entierre los sueños, no justifique el maltrato, no tolere la maldad, no mate la fe, porque somos invencibles si nos une el amor”.

Por Odalys Monserrath Logroño Ponce

Asumí que los relatos de las grandes pestes eran hechos históricos, irrepetibles en el siglo XXI, que se ha caracterizado por los inventos, la comodidad y el avance de la digitalización a escala mundial; la humanidad compite por el poder y pisotea la sensibilidad que la hace vulnerable; sin embargo, de repente, un nombre desconocido, con estigma de monstruo, ingresa sin invitación a distorsionar mi existencia, abriendo el campo a verdades, obligando a una equidad de posibilidades y a reconocer que somos simples partículas en un infinito de contingencias, para sobrevivir o desaparecer.

El COVID-19 llegó en un escenario de terror, con un materialismo disfrazado de pesadilla, en la que la razón busca sentimientos en el abismo de la supervivencia, con seres forzados a convivir, dejando atrás la rutina mecánica de compras, trabajo y farándula; obligados a descender a un espacio de realismo aterrador, en el que el corazón se debilita y se rinde para luchar en una cuerda floja, sin redes, contra un virus de tamaño invisible, un rival tan minúsculo, ante el

poderoso ser racional, generador de inventos inimaginables, llamado hombre, en espera de una vacuna que nos lleve a un momentáneo final feliz.

Los recuerdos hermosos, envueltos en sonrisas, se trasforman en una alucinación que la muerte no entiende; el sufrimiento satura el cuerpo físico y taladra el alma; las imágenes son desgarradoras y se impregnan en la memoria, cual tatuajes diseñados con agujas de dolor; el sobresalto de una llamada a media noche; la inconsciencia de recibir la noticia que nadie espera; la amnesia de reconocer la probabilidad de ser el siguiente; las palabras desvariantes de una fugaz perspectiva ante una realidad de hambre, enfermedad, aislamiento y desempleo; la impotencia del encierro y la falta de recursos.

Sin embargo, empapada de esperanza, en medio de un panorama de cambios radicales, les invito a dejar atrás los errores y a caminar sin dudas hacia un futuro construido con paciencia y coraje, que convierta el sabor a peste en una fragancia, que envuelva confianza, que motive a renacer en valores, que busque alternativas de subsistencia, que ejecute acciones que favorezcan a los demás, aunque se requiera de un sacrificio personal y de una lucha sin descanso, por un ideal llamado vida.

Como película de Buñuel

Por Carlos Eduardo Castro Molestina

La cuarentena la comparo con una película de Buñuel, en aquel entonces, no entendía por qué aquellos burgueses no podían salir de aquel salón sin que hubiese algo que lo impidiera.

Un ángel exterminador los obligó a permanecer por mucho tiempo confinados en una habitación, en un surrealismo mágico, donde poco a poco la etiqueta y las buenas costumbres se fueron perdiendo hasta convertirlos en verdaderos salvajes. Buñuel habría tenido el poder de adivinar el futuro y el argumento de esta película se convertiría en lo que hoy llamamos Coronavirus, lo que nos tiene encerrados, como a aquellos personajes, sin que algo, en realidad, nos impida salir libremente.

Al igual que en la película, al inicio todo era felicidad. La familia estaba reunida nuevamente, lejos del estrés del trabajo y de la bulla de la gente, pero, poco a poco, los alimentos comenzaron a escasear, los niños enfermaron y la angustia se apoderaba de la gente, obligándolos a perder la cordialidad acostumbrada.

Rápida y trágicamente, las noticias anunciaban muerte y desolación; los amigos estaban desapareciendo, un extraño ángel exterminador se los estaba llevando, sin diferenciar raza, color, condición o sexo; sus cuerpos iban descomponiéndose a la vista de todos. Recordé la película, donde los cuerpos sin vida permanecían junto a otros, sin causar el mínimo sentimiento de dolor.

Pasaba el tiempo y nos volvíamos cada vez más irascibles. El dinero escaseaba y conseguir los alimentos habituales no era sencillo; había que dejar los lujos y las ropas finas para adaptarse a la necesidad de vivir, al igual que aquellos burgueses, cuyas finas prendas comenzaron a deteriorarse, ahora, debían permanecer dentro de un clóset hasta un nuevo estreno.

El mundo comenzó a anunciar semáforos. Un color condicionaba la salida al exterior. Una luz amarilla permitía salir a descubrir un mundo dejado por este encierro ¿provocado?

Relacioné los colores con la película para ver si encontraba el final feliz; en ella, una extraña sirena o alarma parpadeaba un extraño color que no se distinguía, ya que el video era en blanco y negro, y les anunciaba un pronto escape; aquellos burgueses salieron desesperados y aún más locos, al igual que el primer día de salida del trabajo para ir a cobrar lo ganado y reponer lo gastado.

Con colores y señales, la película terminó, los burgueses salieron al mundo y como a ellos, nos toca enfrentar una nueva tarea: valorar lo vivido y empezar a trabajar, pero sobre todo, dar gracias por no haber sido víctimas del ángel exterminador.

Cien insomnios de una pandemia

Por Johnny Paul Saltos Vela

A partir de los 30, quedarse en casa fue mi deporte favorito. Comprometerme a reuniones y luego cancelarlas; darles más pretextos a mis amistades, que excusas a mi mueble, por una noche de películas, pizzas y soledad, era mi ritual y dosis de sinceridad propia. Mirar por la ventana del auto, lo monótona que puede resultar la vida, todos haciendo lo mismo. Yendo a prisa, siempre a prisa. Y, yo, somnoliento, lleno de pereza de su andar, de su movimiento constante, de la bulla anticipada de un claxon en un semáforo en rojo, de los vendedores exhibiendo su oferta del día y del periodiquero ventilando las noticias, y consigo disipando un poco el calor de la ciudad en su frente. Del mirar cabizbajo que llevamos desde la esclavitud del celular, que incluso nos llevó a ignorar el presente real, ese, que podemos tocar, palpar, abrazar, hablarle mirando a los ojos... ¡Qué enfermos que estamos!, ¿no? — sentenció.

Llego a casa. Cansado busco la tranquilidad en el sueño de una noche que se ve alterada con el despertar puesto en una pesadilla, a temprana hora de la mañana. Consigo traía, como efecto el sudor típico, la angustia delirante, el mirar ofuscante a cuatro paredes, un reclamo incesante. Que mudo queda en el interior de unos ojos que hacen el esfuerzo sobrehumano de abrirse sin ser frotados más. La respiración ahogándose en un vaso de agua, que llevaba dentro de mí, sin saber explicar lo que sucedía.

De golpe, una bocanada de aire exhausto entra por mi boca y la vida, con ella, regresa a tomarme por sorpresa. La habitación lucía tan blanca, tan fría. Tenía ese olor de anciano impregnado en mí. Un “beep” “beep” insistente, que al parecer empezó a contar las horas que les restaban a mis noches y que les sumaban en sueros y tanques de oxígeno; los pasillos estresantes, abarrotados de sospechosos, lamentos, desconciertos, reclamos y exigencias de una desesperación que parecía nunca acabar; con resucitados que contaban una historia distinta a la mía; de perdidos y encontrados en otras salas que, con esperanzas, el alivio alimentaba a sus familiares. Y, yo, sin que nadie pregunte por mí.

Mirándome de un balcón, que ofrecía la misma camilla del hospital, me lamentaba a mí mismo, a mi antojada soledad, que siempre prefirió acompañarse de mis muertos, de los que me dejaron a quince días de la cuarentena, donde el único superviviente y cuasi poderoso inmune era yo. Yo, que me iba y me fui sin tener la oportunidad de abrazar una vez más a la vida con el amor que ella merecía.

Segunda oportunidad

Por Ricardo Xavier Suárez López

Hoy no quise, pero me reinicié. Y ahora lo que más quiero es no querer nada. Me zambullo en las profundidades para buscar cada deseo que he tenido y solo así comprobar que mucho de ello ha sido vacío. En febrero, mis deseos eran ambiciosos; en marzo, mis afanes disminuían y en abril, mi único anhelo era una familia viva.

Y es que en abril, la moral era muy baja. Las esperanzas yacían quebradas en las calles; los cadáveres esparcidos y extraviados, pero algo nacía en mí. Iba germinando esa oportunidad de reinicio, que quizá nunca hubiera tenido sin el encierro, esa oportunidad que desconociera si no hubiera cedido ante el virus y la enfermedad.

Hubo días en los que bailaba con el miedo. Otros, conversaba con la angustia, pero mi mejor amiga siempre fue la ansiedad, que no me dejaba respirar bien y me confundía. Otras veces me acosté al lado de la melancolía y de la incertidumbre, que no me dejaban dormir y se desvelaban conmigo en un deseo muy débil y hasta tierno de querer morir.

Hubiera sido una clase muy dramática de reinicio, pero el destino no tuvo planes de hacer borrón y cuenta nueva conmigo. Tal vez el destino sí tenía esos planes para mi familia y sobre todo para mi padre, quien se declaró vulnerable de

alma y cuerpo, y dejó pasar al visitante sin imponer ninguna resistencia; cuando su frente se inundó de fiebre, de pronto, su padecimiento fue mío. Cada bocanada de aire que faltaba era zozobra latiendo y veía como en esta morada rondaba una sombra cadavérica.

A los cinco días me desperté deseando no despertar, pero la pulsión de vida era más fuerte. Recorrí las calles vacías, negocié los alicientes, caminé por los pasillos del hospital y traté de calmar el espíritu con unas solitarias lágrimas, si había tiempo, mientras se quemaba el platillo del día, en la cocina. Mi madre se refugió en melodías angelicales, que debían dar paz al momento, pero para mí era un perturbador réquiem.

El aire dejaba ya de transitar por las vías de mi padre. Fueron diez días de hospital, diez días que vislumbramos futuros inciertos y diez días para desbaratar todos los deseos. Quizá el destino sí venía por él o por todos en casa, pero lo burlamos y decidimos reiniciarnos. Por eso no quiero desear, porque no hace falta desear cuando en la misma vida está todo. Mayo ha sido para descubrir que no quiero nada más que reconocer el rostro del ahora, elevar el espíritu de gratitud mientras me siento en un sucio sofá, viendo un viejo partido con mi padre en su segunda oportunidad.

Letras en cuarentena

Por Martha Ortiz Posligua

Yo ya no soy poeta, porque la poesía le canta a la vida, al amor, a la felicidad, al desamor, a la tristeza, a la melancolía, a los sentires del alma y yo, ya no siento; hasta creo que dejé de ser humana, solo soy una parte del saldo residual que va quedando de una especie en exterminio, rendida ante una peste, que nadie sabe de dónde salió; solo soy una parte de cualquier cifra fraudulenta, que bien puedo estar viva, como haber partido al más allá; ya no tengo derecho a mis derechos, ya no tengo derecho a construirme como una obra maestra de la creación. Ya no tengo derecho a admirar de mis congéneres, lo que hoy solo es humo y sonidos huecos, ni a pretenderme exigente, más que al aliento de vida. He renunciado a mi libertad a cambio de seguir respirando; he renunciado a alzar mi voz, mi llanto y mis gritos desgarrados a cambio de dejar que otros se encarguen de mis muertos y se mal encarguen de mis vivos. Nunca pensé que se pudiera hacer del dolor, el plato de cada día y que, en algún momento, la desdicha ajena se considere una suerte porque esta vez no fue la mía. Yo ya no soy poeta, no, que va, ya ni siquiera estoy segura de ser humana, voy por la vida enmascarada, inidentificada, cuidando de no matar ni que me maten, pero hay algo que aún late en el fondo de mis huesos cansados, un soplo de mi aliento rebelde que se niega a sucumbir ante el temor y la incertidumbre, y guardo la remota esperanza de que, algún día, se haga justicia para los que los que nos esperan bajo tierra, para esos hijos de la

Perla, que volvieron a teñir nuestras calles con su sangre y retornaron a las entrañas de una madre telúrica, herida de muerte. Y así, doy pasos hacia lo incierto, como todos, casi autómatas, supervivientes, cifra residual, siguiendo las reglas de un juego perverso, ajeno a la voluntad. Y no me rindo por necia, porque en mis ojos hay luces que, inexplicablemente, alumbran entre las sombras, porque en mi consciencia no humana, parasitaria y esquiva, aparecen como destellos de impúdica sensibilidad, el recuerdo de varias manos, que aún se aferran a las mías, y en la memoria de mis células, sangre de mi sangre, que apenas se abre a la vida.

Testimonio de un médico de primera línea

Por Alejandro Verdezoto Núñez

Ya conocemos la historia desde el punto de vista del enfermo, de aquel que padece COVID-19. Sabemos que al ingresar el virus en su organismo e infectar sus células merma su sistema inmune y desata en su interior una tormenta inflamatoria, casi imposible de sosegar. La otra cara de la moneda, el otro punto de vista, se desarrolla detrás de un EPP (equipo de protección personal).

Cientos de días antes, cuando se reportó el primer caso en el continente asiático, me veía, en principio, alejado de esa realidad, como si se tratase de una pandemia más de los siglos pasados. Para cuando tomé conciencia, me encontraba con la temperatura de mi cuerpo en ascenso, pero por efecto de las prendas de protección, respirando con dificultad por el escaso aire que deja pasar un respirador N95; las gafas protectoras marcaban mi frente y lesionando mi puente nasal; yo luchaba contra la ansiedad. Contagiarme no era algo que me podía permitir al no percibir un sueldo y no ostentar un seguro médico; si me enfermaba tendría que costearme mi tratamiento.

Mientras la ambulancia, con el estrepitoso sonido de su sirena, se abría paso por la ciudad, en mitad de la noche, con una paciente a la que el virus le había deteriorado el 75% del tejido funcional de cada uno de los pulmones, yo me las ingeniaba –a través de las gafas protectoras empañadas- para monitorizar sus signos vitales, verificar con periodicidad las máquinas que

le infundía los medicamentos, así como el ventilador que le permitía respirar, ya que por sí misma no podía.

En estos meses, como “médico de primera línea”, como hemos sido calificados, he visto a muchas personas, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, enfermarse. Y no hay mejor muestra de dedicación que el cuidar de alguien que no te conoce y que tú no conoces, venciendo el miedo de contagiarte. Y siento, que esto me permitió entender que el deber y la dedicación vinieron implícitos en el momento que me entregaron mi título; más la vocación, en el momento que nací. Y es que, como médico estoy acostumbrado a irrumpir su intimidad, a administrar drogas u otras sustancias, a invadir sus cuerpos con procedimientos, a abrir o cerrar sus cavidades, a tomar muestras de su cuerpo y lo que me permite hacerlo es un tácito acuerdo, más que un acuerdo en sí, un voto de confianza mutua; ellos confían en mí, en mi pericia, en mi prudencia y en mi dedicación, para que puedan salvarse de la muerte y yo confío en que ellos lucharán para vivir.

**Covid-19: La ventana que
muestra la escasez de divulgación
científica en Guayaquil**

Por Julio Andrés Astudillo Méndez

Durante las restricciones impuestas por el Gobierno Nacional se han logrado percibir, con mayor agudeza, un componente socioeconómico: la educación en función de la explosión demográfica.

La población guayaquileña fue considerada, desde mediados de febrero de 2020, como la primera ciudad en recibir el contagio de la nueva cepa viral llamada SARS-CoV-2. A medida que los días y semanas transcurrían, esta misma ciudad pasó a ser la que mayor cantidad de contagiados albergaba, posteriormente fue la única en semáforo rojo perenne. La Perla del Pacífico se convirtió en un mal ejemplo internacional, por nuestra escasa educación ante la pandemia.

Guayaquil ha sufrido un incremento de 469 665 habitantes, en casi dos décadas; pasando de 2 254 000 millones a 2 723 665 habitantes, en 2019. Por otra parte, considerando los resultados definitivos del Censo de Población y Vivienda del Instituto Nacional de Estadística y Censos (INEC), para el período 2001-2010, correspondientes a educación en Guayaquil, podemos observar que apenas el 60,85% de sus habitantes (18 años y más) han estudiado la secundaria completamente. La educación que se recibe tanto en los hogares como en los centros educativos no es lo suficientemente buena y esto ha salido a flote por los patrones de comportamiento de sus habitantes: está documentado el constante desacato a la autoridad, las noticias falsas sin base científica, el maltrato

intrafamiliar, la violencia hacia la mujer durante la cuarentena, y el maltrato hacia los animales. A medida que la demografía incrementa, los recursos que se necesitan para educarla están cada vez más mermados.

El concepto Malthusiano de explosión demográfica no es más que un catalizador en una sociedad de poco conocimiento científico-técnico, es allí donde se observa la deficiencia de la gestión sociopolítica y educativa de la ciudad. La educación integral que permita que los niños de hoy cuestionen los dogmas atávicos, con el fin de palpar el bienestar de los suyos, será la única herramienta con la que la civilización humana, no solo la de Guayaquil, podrá enfrentar este tipo de situaciones; una educación que brinde transparencia histórica permitirá no volver a cometer los errores pasados y pensar a futuro.

La humanidad ha logrado erradicar el polio, la viruela, controlar el VIH; solo basta mirar los logros que la ciencia ha logrado obtener en los últimos dos siglos, desde que las instituciones decimonónicas cedieron el poder a las nuevas tecnologías y al pensamiento laico. Carl Sagan una vez dijo: “Los humanos somos como unas mariposas que aletean solo un día y pensamos que durará para siempre”.

La única salida es rebotar

Por Stephanie Carolina Naranjo Mejía

El punto de inflexión para Ecuador inició el 11 de marzo de 2020, cuando la Organización Mundial de la Salud declaró oficialmente que el Covid-19 era una pandemia, lo que provocó que los países tomen medidas obligatorias. Sin embargo, en ese momento, el notorio desconocimiento del Gobierno sobre lo que se venía hizo que la situación fácilmente se les vaya de las manos; salieron a relucir los esfuerzos vanos de un Gobierno que no se le entendía y que se corregía tras cada pronunciamiento. Recortó USD 4 000 millones al gasto público en un contexto de miseria tecnológica, y clavó súbitamente una puñalada a los ya moribundos técnicos de la función ejecutiva, como si eso fuera la solución.

Como resultado, ahora tenemos un país colapsado psicológica, financiera y económicamente que, según el presidente Moreno, ha dejado de recibir “cerca del 50% de ingresos como país”. Un país ciego y retrógrado, en el que, en medio de una situación de tal magnitud, en lugar de abrir las puertas a la ciencia, la tecnología y la innovación, como por lógica lo han hecho muchos países, elige recortar más de USD 98 millones del presupuesto a las entidades de educación superior. Un Ecuador quebrado con más de “150 000 ecuatorianos que han perdido sus empleos”; al que no le ha importado que por seis años consecutivos haya sido el líder mundial en el Índice de Actividad Emprendedora Temprana y ahora sus Mipymes, el 99% del tejido empresarial ecuatoriano y principales

empleadores nacionales, están muriendo con deudas y sufren de hambre atrasada.

Aunque debo decir que la peor miseria humana se ha visto en Guayaquil, mostrando su “exitoso” modelo de ciudad Social Cristiano, que 28 años después, deja ver su nefasta cara de favoritismo elitista. Gente muriendo y siendo incinerada en las calles, mientras que con justificaciones de “madre”, los gobiernos tratan de excusarse. ¿Quién va a responder por los muertos, desaparecidos y “resucitados”? Hemos sido testigos de la displicencia al prójimo y socavamiento de los derechos humanos en su máxima expresión. Y, ¿qué hemos hecho al respecto?

Hemos tocado fondo y ahora solo nos queda rebotar, pero a consciencia y con criterio. El 2020 debe ser una deconstrucción necesaria para autoreflexionar desde todos los sectores de la sociedad. Abolir por completo la #VivezaCriolla, pues solamente un cambio en la cultura ciudadana permitirá una transformación social. Y la “cirugía mayor” debe ser a nuestra miopía de pensamiento, para dar paso a la transformación digital e innovación, aprovechando los datos para la toma de decisiones proactivas en contextos de gobierno abierto. ¿Parece una utopía? Está en mis manos y en las tuyas hacerla realidad.

Kawsay Pacha: Todo está vivo

Por Marilyn Vanesa Cepeda Velastegui

Frente a la eventualidad de un mundo detenido, un ser sin nombre, propio e irreal para los ojos, pero tan implacable y omnipresente como Dios y el amor, rondaba cada rincón del mapa, pues había desvanecido las fronteras vanas de los hombres.

En la cosmovisión andina existe el paradigma del Kawsay Pacha, que significa “todo está vivo”, antagónico a la concepción estricta de la ciencia. Sin embargo, esto va más allá de comprender a cada ser como un elemento individual, es percibir la interrelación (Kawsantin) de todos los seres que coexistimos en el entorno y las formas de equilibrio entre sí. Ahora los humanos, con la mirada petrificada en el “desarrollo” e indiferentes a nuestra posición como un elemento más del todo, nos vemos envueltos en el temor ante una posibilidad de una extinción junto con las letras, la música y el arte, pero también del dinero, las bombas, las armas, buenos, malos, ricos y pobres; nos sentimos intimidados por un inminente ocaso. Pero, después de todo, la selección natural siempre ha hecho de las suyas y hoy, el ser invisible nos toma por sorpresa en un mundo globalizado y con la memoria oxidada, donde hemos olvidado que la vida es infinitamente diversa y va más allá de nuestras limitadas pretensiones antropocentristas.

¡Cuán insignificantes se han vuelto ciertas cosas, que hace un par de meses eran prioridades! Quizá el “enemigo” nos ha despertado del letargo de una sociedad dormida

espiritualmente, que sacrificó el hogar por el trabajo y buscó el sentido de su existencia en la acumulación de poder adquisitivo. El tiempo había sido hurtado y un fenómeno desconocido nos lo concedió devuelta. Es así que nuestra capacidad de razonar y el alto nivel de complejidad, en la escala de la evolución, deben salir a flote; comprender que quizá nuestro modo de vida nos orilló a tan fuerte estrago y a la apremiante necesidad de reestructurar nuestro pensamiento.

El principio de causalidad, el efecto mariposa y la teoría del caos van más allá de conceptos y palabras; hoy más que nunca hemos palpado que las cosas no ocurren de forma aislada, que están ligadas unas a otras, que el “leve” accionar de algunos individuos se puede sentir al otro lado del mundo (¡y ponerlo de cabeza!) y que minúsculas diferencias, en las condiciones iniciales, pueden generar grandes contrastes en el comportamiento futuro.

La ambivalencia de lo mencionado también implica que nuestros pequeños esfuerzos de cambio pueden desencadenar otros mayores y que nuestro verdadero potencial debe estar alineado con la armonía de la mente y del espíritu porque es la única manera en que la podremos comprender que todo está vivo.

Guayaquil de mis ficciones

Por Eduardo Enrique León Rodríguez

Cursaba la primera semana de mayo, semáforo rojo en Guayaquil. Unos meses antes vivíamos unas de las peores pesadillas, gracias al COVID-19. La gente se nos moría en los hospitales, había personas reclamando los cadáveres de sus familiares y para colmo, cuerpos sin vida aparecían en las calles. Además se difundían historias de terror en redes sociales y en medios impresos locales, nos saturaban con noticias, las cuales no podíamos diferenciarlas entre verdaderas y falsas. Era para volverse loco, para entrar en una fuerte crisis emocional.

Decidí desconectarme; apagar la radio, el televisor; no asomar en redes sociales; eliminar todos los grupos de WhatsApp. Fue lo mejor. No quería seguir enfermándome. Ya era bastante no contagiarme. La consigna siempre fue mantenerme sano. Entonces improvisé, pues la cuarentena y todos los canales oficiales recomendaban quedarse en casa. Mi vida ha sido siempre el deporte; correr equilibra la balanza, me da paz y no hacerlo no me hace bien, incluso mi sistema inmunológico cambia.

La sala de mi departamento tiene alrededor de 10 m² de largo, en ella hice una pista de carrera. Comencé mi ritual: vestí ropa y zapatos adecuados, puse el cronometro y preparé mi mente; era la primera vez que iba a correr, una hora, en un espacio tan reducido. Mis piernas hicieron lo suyo y mi cabeza también, transformó el porcelanato en un camino de *trail*.

Me encontraba trotando por senderos llenos de vegetación, esquivaba ramas para que no corten mis brazos; imaginaba caminos que me llevaban desde un cerro hasta la orilla del mar. El entrenamiento de la mente es vital, uno piensa que solo servirán para las competencias, pero definitivamente aplica para la vida.

Mi familia me veía zigzagueando en casa, preguntándose cómo podía correr tanto tiempo en un mismo lugar. Pero así es la mente, nos transporta a otras realidades, es una válvula de escape. Otros, afuera no pueden huir; confrontan el virus y solo tienen una opción: la muerte.

Guayaquil ha llorado mucho durante este tiempo. La ciudad ha envejecido prematuramente, si la vuelves a ver te darás cuenta de sus canas. Las cruces ya no están en el río, ahora, en el imaginario, las podemos ver en las avenidas, en cada esquina.

Yo sigo pensando que todo lo puedo arreglar corriendo, pues así pasaron mis días, mis semanas y mientras la curva se aplanaba, según las estadísticas, el semáforo cambiaba a amarillo. La mayoría se alegra pensando en la llegada del color verde, pero yo me muestro cauto, aún con duda de que como sociedad estaremos preparados para esa, la que llaman, nueva normalidad.

Reflexiones: de la cuarentena a la nueva normalidad

Por Jeremías Alfonso Valenzuela Valdez

La sociedad ecuatoriana está a las puertas de comenzar una nueva etapa en su historia, denominada “la nueva normalidad”, pero, quien haya seguido de cerca otras crisis, como la económica del 2008, habrá notado que también en ese escenario se usó dicha expresión, en referencia a los cambios que se implementaron frente a aquellos acontecimientos.

Debemos convencernos que, siempre que hay eventos desafortunados, que comprometen a toda la comunidad, es cuando más necesario se torna que surjan propuestas desde la sociedad civil. Con esta premisa, la actual crisis debe ser el punto de partida para la reingeniería, de lo que el filósofo John Bordley Rawls las designó como “las grandes instituciones sociales” y por supuesto, es necesario que seamos partícipes de esa transformación, tomando el lugar que nos corresponde, proponiendo los cambios necesarios, partiendo de las falencias evidentes. Ese debe ser, desde hoy, nuestro ineludible y más cívico deber: aportar alternativas, brindar soluciones que reemplacen el fallido e inservible modelo social vigente, todo ello de cara a “la nueva normalidad”. Pero, permítaseme agregar que esta vez, esos nuevos planteamientos deberán centrarse en un valor sumamente prioritario, la solidaridad.

Y es que, frente a la crisis sanitaria y sus consecuencias, hoy más que nunca debemos vivir la solidaridad, como un acto

de amor desmedido al prójimo y como la capacidad de hacer que las necesidades del otro sean nuestras, y en consecuencia trabajar para suplirlas. La solidaridad, entonces, también será elemento necesario para los cambios que urgentemente requiere la frágil estructura de nuestras instituciones sociales de cara a la nueva normalidad.

La ciencia médica ha hecho uso de sus equipos de laboratorio para encontrar la cura a muchas enfermedades, que han puesto en peligro la supervivencia humana, y luego de varios análisis e investigaciones, nos han dado la noticia de que vencimos otro mal. Estoy seguro de que con el COVID-19 ocurrirá igual. Pero, lamentablemente, parece que no existe ciencia exacta, la cual trabaje para erradicar enfermedades como la corrupción, las guerras, el hambre, la pobreza, la desigualdad, la tiranía, enfermedades que día a día también cobran vidas. Por ello considero necesario, en esta coyuntura, repensar las grandes instituciones sociales, para así definir los cambios necesarios, enfocarnos en las prioridades y por supuesto, trazar el curso que nuestro país debe tomar ante similares situaciones, evitando improvisaciones.

Reingeniería global

Por Cristhiam Armando Carpio Castro

La coyuntura, en la cual nos encontramos, nos ha llevado a cobijarnos en la célula original de la sociedad: la familia. Si por un virus entró el pánico al mundo, por una célula (familia) vendrá la paz. En expresión de Josep María Esquirol, en su obra *Resistencia Íntima*, el hogar es ese espacio de protección ante la intemperie. Sigamos entonces esperanzados, que días mejores vendrán, para la gran familia humana, al fin y al cabo, pareciera que de esperanza estamos hechos.

Ante esta juntura es bueno plantearnos si queremos volver a la “normalidad” anterior o a un nuevo estilo de vida. Creo que todos abogamos por algo nuevo, en sus métodos, formas, modos.

En las diferentes épocas de la historia han existido acentuaciones en su interpretación: teocentrismo, geocentrismo, antropocentrismo y ahora creo que estamos ante una nueva realidad que está en ciernes, el tiempo nos permitirá ponerle nombre a este acento.

En definitiva, un virus nos ha permitido poner los pies en la tierra, cuando creíamos que todo giraba en torno a nosotros, y nos ha hecho conscientes de la fragilidad de la existencia, que hay que custodiar. Lo más llamativo es que pareciera que el cosmos tiene su propio metabolismo. Ahora que estamos

confinados, la flora y la fauna están recuperando su espacio de manera natural; una resiliencia planetaria es evidente.

Este es un claro signo de que debemos hacer una reingeniería global. Reinventemos alternativas, seamos amigables con el planeta, volvamos a lo esencial. De hecho, se ha ido revelando uno de los valores más arraigados: la solidaridad, ya que hay muchas evidencias concretas de humanismo, gestos inequívocos de que algo novedoso se está gestando. Es por eso que invito a que todos globalicemos la esperanza.

Ante una nueva normalidad que se avecina deberíamos plantearnos: ¿qué nos mueve?, ¿en torno a qué o quién ha girado nuestra vida? Esto nos va a permitir, de ser necesario, optar por una nueva centralidad, repensar nuestros hábitos, actitudes. Para aquello, es importante reconocer que la orientación que estábamos dando a nuestra vida, quizás no era la mejor (cada uno tiene que evaluarse) y decidirse a empezar a vivir para algo mayor, algo más grande que nosotros mismos, por ejemplo: la familia, la comunidad, etc.

En cualquier caso, nuestra nueva centralidad será descentrarnos, salir de nuestro ensimismamiento. Si el problema ha sido el “yo”, la solución será el “nosotros”, porque en este drama cósmico, cada uno debemos descubrir e interpretar nuestro papel que es insustituible.

Tomografía de una ciudad

Por Luis Mauricio Bustamante Iñiga

Nunca supimos cómo nos enfermamos ni cuando entró. Muchos ni se preocupaban de protegerse, aduciendo que era falsa, como la palabra de político en campaña. De pronto, la muerte se puso su máscara de blanco hueso y ataviada con mantos de luto visitó las casas. La vi llorando, mientras cortaba y llevaba almas ahogadas, que se fueron sin distinción, porque para la muerte todos somos iguales.

Ocurrió lo inimaginable, las clínicas y hospitales estaban abarrotados; fue cuando contamos por cientos los muertos. Muchos murieron en las calles o en las casas; perdimos la cuenta de los apilados en las morgues. Y ocurrió lo inexplicable, pues había cadáveres que desaparecían, cuerpos cambiados, muertos resucitados, cadáveres regados como recuerdos de tristes guerras; así se encontraban a vista del mundo. Pensábamos que los muertos se quedarían a morar sobre la tierra. Perdimos seres queridos y muchos, por el miedo a un castigo divino, usaron la hipocresía como escudo. Fue cuando las personas se encerraron y las alimañas salieron de sus escondites; gente sin escrúpulos y mercaderes de la muerte que, aprovechando el miedo, acaparando y revendiendo cosas de vital importancia. Era de escuchar a los timadores: el pastor ofrecía la cura en oración y por diezmos, es que para entrar al cielo debes ser de verdad muy importante.

Cuando dieron paso a la salida controlada, el pueblo salió a las calles sin respetar nada; todos iban por lo suyo, a nadie le

importaba cómo el país se iba destruyendo. Vimos cómo se llevaron el dinero en maletas de viaje, mientras el pueblo tenía que jugárselas como podía. Fue cuando tuvimos hambre, no solo de alimento, sino de justicia. Queríamos explicaciones, que nos digan qué había pasado con el dinero de la salud, de los maestros, de los artistas...; alzaron banderas políticas y la noche se pintó de rojo.

El cóndor, con su terno señorial, volvió a surcar el renaciente Chimborazo. Los que salimos al amanecer conversamos con los animales y ellos nos dieron las noticias.

Decidimos reunir a las tribus, curar a los enfermos y enterrar a nuestros muertos. Ese día cantamos, bailamos, comimos el dulce pan de los campos de trigo y bebimos el vino sagrado del mejor viñedo. Contamos anécdotas y leyendas a los más pequeños. Aprendimos que estar enjaulados no es la mejor forma de vivir; sin embargo, si queríamos vivir, primero debía terminarse la enfermedad. Luego, con el pasar de los años, ninguno se preguntó a dónde se habían ido los humanos destructores, al fin y al cabo, no se habían perdido de mucho y la Pachamama había recuperado lo que le había sido quitado.

Viernes 15 de mayo de 2020

Por Rafael Ernesto Flores Rodríguez

Esta tarde no hay nadie en el parque de mi barrio, pero llama la atención una flor silvestre, de las grandes, que ha surgido exactamente en el centro de la cancha de fútbol. ¡Que atrevimiento el de la Pachamama!, hacer crecer una flor justo donde se coloca la pelota antes del pitazo inicial. ¡Que afrenta a la cultura humana!, espero que ella entre en razón y cuando de nuevo rueden las pelotas, las semillas de esta flor germinen en lugares menos atrevidos.

En el edificio de enfrente, pintado de gris, que matiza con las nubes, hay una peluquería y salón de belleza cerrado por la ley, ya que no es tiempo para la vanidad. En el segundo piso del mismo edificio, dos niños comprobaron que el trabajo no era la razón por la que sus padres no les prestaban atención, han tenido que aprender a almacenar su frustración, ya tendrán tiempo en el futuro de usarla para pintar canas verdes, de esas que no pueden quitadas en la peluquería de abajo.

En el tercer piso; sin embargo, el panorama es muy distinto; una niña de ocho años ya sabe cómo su papá se enamoró de su mamá; él se lo contó, en una calurosa tarde de cuarentena; su hermano, de siete años ya puede lavar los platos y descubrió que jugar con su hermana puede ser muy divertido. El papá ya conoce el tiempo que se requiere para hacer los oficios domésticos y las tareas escolares con sus hijos. La mamá

está feliz de haber limitado los gastos y de haber ahorrado dinero, para cualquier cosa que pudiera pasar, aunque la cosa que pasó no es tan cualquiera. La abuela sonríe porque se siente útil al hornear galletas. El abuelo, él es el más feliz de todos, porque ahora tiene a quien contar sus historias y es escuchado. Mientras todos almuerzan, en un agradable y extraño silencio, los bisabuelos sonríen desde el viejo retrato en la pared, como repitiendo lo que siempre decían: “No hay mal que por bien no venga”.

Redescubriendo los espacios cotidianos

Por María Cecilia Carchi Veloz

En la mañana, aún se escucha al afilador de cuchillos y al vendedor de pescado y de vez en cuando a un carro; en la tarde es menos, pero cuando llega la noche, el silencio es absoluto, solo se escucha el sonido del televisor o del computador en cada dormitorio.

Las largas conversaciones entre mi hermana y yo han desaparecido. Por recomendación médica, ella está aislada en el último dormitorio de la casa, ya que tuvo contacto con unas de sus estudiantes que dieron positivo en Covid-19 y para preservar la salud de todos, decidieron que se quedara allí. Todos los días le llevamos comida en una bandeja. Mi hermano y yo nos turnamos para llevarle alimentos y atenderla.

No se sabe en qué día se vive. Se ha perdido la noción del tiempo. Hace dos días mirábamos las noticias, pero era una agonía constante. Dejamos de verlas por salud mental. Nos estábamos deprimiendo. Primero fue la paciente cero, después los primeros 100, 500, 1 000 contagiados..., fueron tantos que perdimos la cuenta. En la calle, una bolsa de plástico estaba sobre un banco junto a un cartel. Había muy pocas respuestas. Los políticos repiten el mismo discurso que he escuchado desde niña. Dialogan entre ellos.

Me considero un ser privilegiado, mi familia alcanzó a comprar víveres antes de entrar en cuarentena, pero muchos no tienen qué comer, porque en mi país muchas personas

viven del diario, como se dice aquí.

Desde que empezó, no he salido ni una sola vez; mi hermano se ríe, me dice que yo no la siento porque siempre vivo en cuarentena.

Las noches me sirven para recordar y recordé que en mi adolescencia recorría las calles de mi ciudadela, subida en mi bicicleta, desde las tres hasta las seis de la tarde. Entonces disfrutaba de la brisa del aire recorriendo mi piel. Ahora, salir al jardín de mi casa es un acto de redescubrimiento. Miro con deleite —como un niño al ver una funda de caramelos— los árboles de bonsái, los peces que flotan en el pequeño estanque, la planta de ají con sus frutos comidos por los pájaros.

Los más felices en esta cuarentena son los animales, especialmente las aves, bajan y caminan en el cemento y después saltan de un árbol a otro. En las tardes, los colibríes y las ardillas también nos visitan, estas últimas se deleitan con las maracuyá de un árbol de mi papá.

No sé cuándo volveré a ver a mi familia que está esparcida en varias provincias: Guayas, Esmeraldas y Manabí. Un hilo de voz y una imagen distorsionada nos mantiene unidos. Me digo: algún día.

CRÓNICAS



**Huellas del Covid.
La inesperada muerte de mi padre**

Por Andrea Elisa Chiquito Guamanquispe

23/03/2020

08:31, dos llamadas pérdidas de números desconocidos. Pensé: “publicidad debe ser”.

Tercera llamada insistente, contesto. Un familiar lejano me avisa que mi papá está en coma. A partir de este momento, el tiempo se detuvo.

Enseguida recordé la última vez que hablé con él, por teléfono. Me contó que andaba con gripe, pero si le daba fiebre se iba al hospital. Lo más significativo que me dijo fue: “Para el sábado, que me llames, voy a estar mejor”.

En esa semana yo también estuve con malestares. El lunes decidí llamarlo. Pensé: “Mi papi siempre se enferma, pero siempre se compone”.

Mi papá, a sus 72 años, era un hombre robusto, alto, caminaba erguido. Fumador por muchos años. Nunca supe que sufría de la presión. Los últimos meses anduvo deprimido, a pesar de ser jubilado, aún buscaba trabajo, pues tenía muchos gastos. Tantas veces le pedí a Dios que él pueda conseguir un empleo. Y lo consiguió, ahora construye nubes en el cielo...

El panorama era alentador, le estaban suministrando antirretrovirales, mientras llegaban los resultados de la prueba del Covid. Eran los días más críticos de la pandemia (gente muriendo, hospitales colapsados, restricciones extremas y noticias malas por todos lados).

28/03/2020

10:22, recibo la fatal noticia. Rompo en llanto. Mi voz y mis manos tiemblan.

—¿Por qué? —le pregunto a Dios— Si se estaba recuperando...

Se venía el calvario de su entierro a la distancia. La conviviente asegura que lo cremó, según su último deseo. Mi papá murió en el Hospital del IESS Los Ceibos, uno de los tantos donde hay denuncias de corrupción y contenedores con cadáveres sin identificar, y en descomposición. Con esta problemática, sinceramente me ataca la duda, el destino final de sus restos.

En mi mente trato de recrear la sala de cuidados intensivos, donde estuvo mi padre intubado, con pacientes agonizando a su alrededor.

Hoy, el semáforo del distanciamiento social es amarillo, las condiciones de atención para enfermos del Covid son otras.

Cuestiono nuevamente a Dios, por qué no dejó que mi papá se enfermara ahora, se hubiera podido salvar.

Van a ser dos meses sin él y todavía lo estoy asimilando. Miro al cielo, les hablo a las nubes, anhelando que él me escuche cuando digo que lo quiero y que me hace falta.

Me desahogo escribiendo, hago bailoterapia y veo sus fotos en mi celular. Imagino su voz diciéndome su peculiar frase: “No pasa nada mijita, voy a estar bien”.

Tenías razón papito, ya estás bien, en manos de Dios. El Covid nos alejó físicamente, pero el recuerdo de tu presencia permanece indeleble en nuestros corazones.

Mi crónica del Coronavirus

Por María de los Ángeles Vera Durán

Ese sábado cumpliría 36. No suelo hacer fiestas ni nada por el estilo; sin embargo, esa semana no quería otra cosa que no fuera salir de la ciudad y sentir la libertad de viajar, pues faltaban pocos días para terminar mis vacaciones. El destino fue San Mateo - Manabí, era 14 de marzo. Ese día había un ambiente enrarecido, pocos viajantes nos acompañaban y en el terminal de Manta nos topamos con personas que tomaban la temperatura y desinfectando con alcohol las manos de la gente. El bus que tomamos para ir a San Mateo tenía un olor extraño, esa mañana lo habían fumigado. Estaba consciente de que las cosas con este virus comenzaban a ponerse serias, pero me resistía a creer en un virus que parecía ser igual a otros que pasaron casi inadvertidos en el país. Un taxista, que nos llevó al hotel, nos increpó preguntándonos el por qué nos arriesgábamos a viajar en medio de la situación. Me sentí culpable, pero pasamos un hermoso día en la playa junto a los niños, sin imaginar que sería la última vez que podríamos disponer de libertad para viajar. Llegada la noche, ya en el hotel, vimos en las redes sociales que las cosas se habían puesto feas. Prendí la televisión justo en el momento en el que el vicepresidente Otto Sonnenholzner anunciaba las medidas sobre las restricciones de movilidad. Lo que temíamos se estaba volviendo realidad. Ya en Guayaquil, nos volcamos,

como muchos, al supermercado. Estaba a reventar. Acosaba al ojo perchas vacías que solo traían a la mente el horror de la escasez. Todos nos hallábamos aglomerados, desde niños hasta personas muy ancianas que, en medio del temblor natural de sus desgastadas carnes, procuraban asirse con los productos de primera necesidad. A partir de ese 16 de marzo supimos que algo grande se venía, pero no imaginábamos aún el horror de lo que veríamos en posteriores días: la muerte de gente conocida, cadáveres pudriéndose en sus casas, gran cantidad de muertos e infectados que aumentaban vertiginosamente, amigos gravemente enfermos por el Covid-19, hospitales con cientos de cadáveres apilados y el miedo de que el coronavirus se colara en nuestras casas. La única cosa que ha ofrecido paz al alma, en estos días oscuros, es la dulce oración y las palabras de esperanza, y de aliento que encontramos en la Biblia.

TEXTOS DE LA PESTE

Anales del Covid-19

012

Este libro recopila los 65 textos seleccionados del Concurso Literario "Textos de la Peste (Anales Del Covid - 19)", que la Casa de la Cultura Ecuatoriana-Núcleo del Guayas realizó en mayo de 2020, en acopio de la memoria del país tras los extraordinarios acontecimientos vividos y los recuerdos sobre nuestra convivencia y percepción de la pandemia del virus Covid-19, durante el primer quinquemestre de 2020.

